

# La Ilustración Artística

AÑO XXIII

BARCELONA II DE ENERO DE 1904

NÚM. 1.150

## MONUMENTO Á LA UNIÓN POSTAL UNIVERSAL

Cuando en 1899 se celebró el vigésimoquinto aniversario de la fundación de la Unión Postal Universal, acordóse erigir en Berna un monumento que conmemorara tan trascendental suceso, y tres años después convocóse un concurso internacional para la realización de este laudable pensamiento. Ciento veintidós proyectos se presentaron disputándose los cuatro primeros premios y los dos segundos que en el concurso se concedían, y el jurado, reunido en septiembre del año último, otorgó uno de los primeros al boceto del escultor berlinés Jorge Morin, que al pie de estas líneas reproducimos.

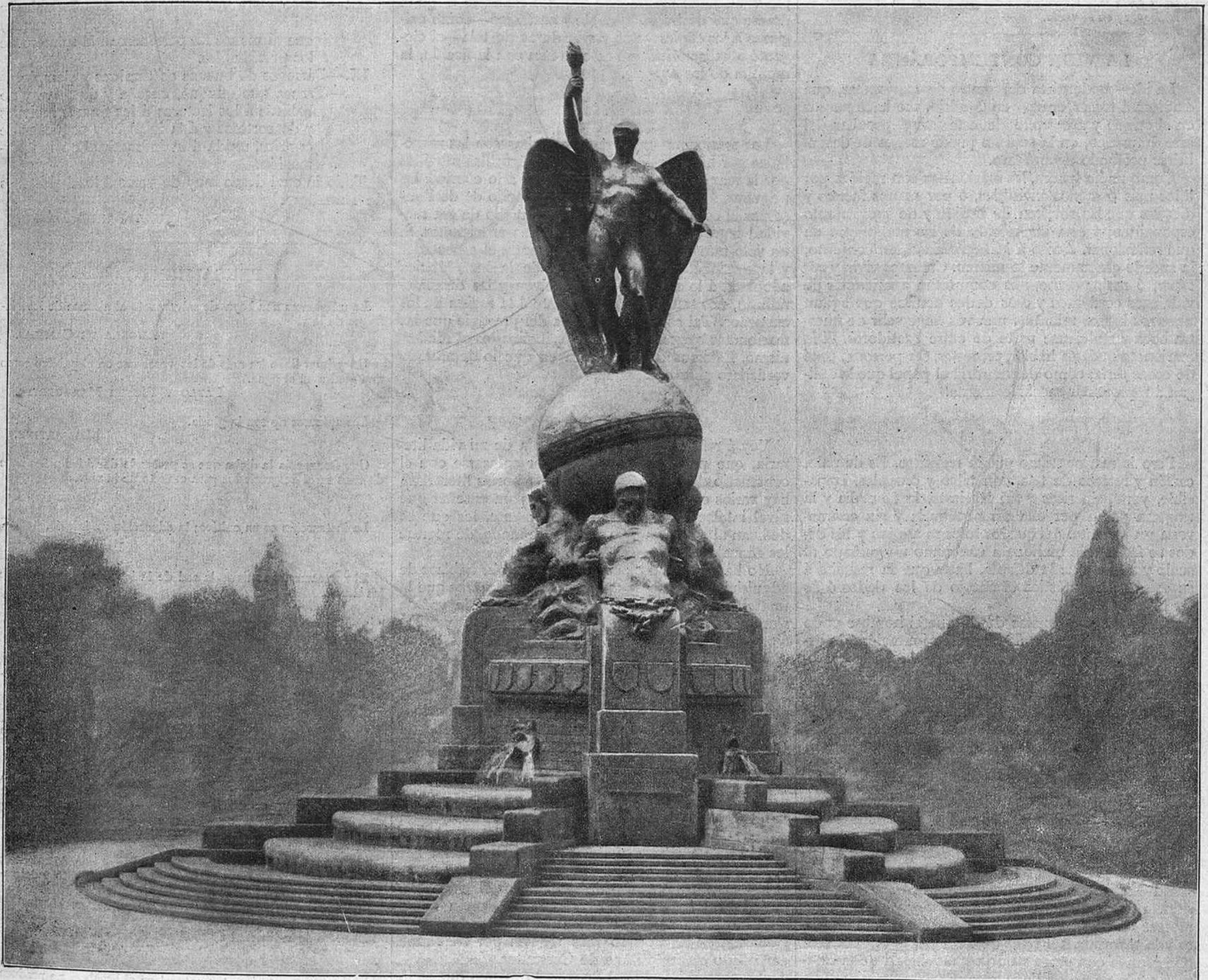
Este artista, que en la actualidad cuenta treinta años, estudió en la Academia de Berlín desde 1892 hasta 1897, en que abrió su estudio, comenzando desde entonces á darse á conocer en todas las exposiciones berlinesas, y habiendo conseguido premios en varios concursos para la construcción de fuentes monumentales.

Su característica es esa noble y grandiosa simplicidad de formas, que es el verdadero distintivo de la escultura monumental y que se advierte desde luego en la obra que nos ocupa.

La altura calculada para el monumento es de veinte metros y los materiales son el granito para la escalinata, el basalto gris azulado para las partes arquitectónicas y las figuras de los At-

lantes, y el bronce para el globo terráqueo, el Zodíaco y la figura que remata la obra; la inscripción y los escudos de los Estados que constituyen la Unión Postal Universal son dorados.

En esta obra todo es varonil, así la idea como la ejecución. Los tres Atlantes que sostienen el globo terráqueo personifican las fuerzas de la naturaleza, que el hombre ha dominado para ponerlas á su servicio, y el genio alado que corona el monumento personifica al genio de la Humanidad que con la antorcha encendida señala á los pueblos el camino del tráfico universal que, disipando las tinieblas é iluminando las inteligencias, derrama inmensos beneficios sobre toda la tierra.



MONUMENTO A LA UNIÓN POSTAL UNIVERSAL QUE HA DE ERIGIRSE EN BERNA,

proyecto de J. Morin, premiado en el concurso celebrado en aquella capital

## ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de participar á nuestros suscriptores que hemos adquirido el derecho de publicar en LA ILUSTRACION ARTISTICA la notable colección de doce preciosas láminas que dibujó el célebre artista H. Giacomelli y que representan los doce meses del año. Estas composiciones, consagradas por la fama, las iremos reproduciendo oportunamente.

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *Cómo murió la princesa*, por Mauricio López Roberti. — *Angel della Valle, notable pintor argentino*, por Justo Solsona. — *«La embajada china»*, por Félix Limendoux. — *Círculo de Bellas Artes de Valencia*, por Julio de Hoyos. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *La conquista*, novela ilustrada (continuación). — *Cuadros confeccionados con sellos postales*, por Eduardo Charles. — *Explotación del gas natural en Inglaterra*, por H. de Thiersant. — *El «looping» en el vacío.*

**Grabados.**— *Monumento á la Unión Postal Universal que ha de erigirse en Berna*, proyecto de J. Morin. — Dibujo de Camps que ilustra el artículo *Cómo murió la princesa.* — Cabeceira de A. de Riquer con el retrato de *Angel della Valle.* — *La vuelta del malón.* — *Indio arrojando el lazo.* — *En el rodeo.* — *Huyendo del incendio.* — *Carga de los granaderos de San Martín.* — *Episodio de la guerra del Paraguay.* — *Banda lisa.* — *En la estancia*, cuadros de Angel della Valle. — Dibujo de Medina Vera que ilustra el artículo *«La embajada china.»* — *Interior de la exposición de obras de Pinazo celebrada en Valencia.* — Retratados pintados por Eugenio Pinazo. — *Grupo de concurrentes al banquete celebrado en honor de Pinazo.* — *Don Eugenio Pinazo.* — *Gil Blas de Santillana en compañía de los bandidos*, cuadro de José Moreno Carbonero. — *Pompeyana en la fuente*, obra de Felipe Moratilla. — *La princesa Matilde Bonaparte.* — *José Zanardelli.* — *Cuadros confeccionados con sellos postales.* — *Explotación del gas natural en Inglaterra.* — *El looping en el vacío.*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea modernista del teatro de marionetas, que empieza á tomar cuerpo en Madrid, me hace pensar en el origen y desarrollo de esta forma peculiar del arte dramático, en la cual no puede menos de descubrirse profundo simbolismo.

Como nadie ignora, las marionetas son regidas por hilos más ó menos invisibles, ó por manos fuertes y diestras que las revisten de ilusión y de movimiento espontáneo; y esta disposición de las marionetas da que reflexionar. Acaso á la humanidad, en conjunto, la sucede exactamente lo mismo. Creemos vivir, y *nos viven*, ó mejor dicho, nos comunican apariencias de vida esos cordelitos y esos dedos ocultos que agitan nuestros brazos mientras una voz finge salir de nuestra boca y realmente parte de entre bastidores. Si la marioneta pudiese hablar, protestar, ser persona, ¡qué de cosas diría; cómo desmentiría el papel que la obligan á representar mecánicamente!

\* \*

Pero la marioneta no puede resistirse. Es de palo, cartón y retazos de tela, con talco y oropes. Impasible, yerta, sin risas y sin lágrimas, la comedia y la tragedia pasan por ella sin penetrarla y sin conmoverla un instante. Así que los hilos se aflojan y los dedos se fatigan, la marioneta cae como un guiñapo al suelo y allí se queda difunta, hasta que la rescita á su existencia fantástica el antojo de los dedos ó de los hilos...

Ha habido marionetas desde que el hombre pudo sentir pruritos de arte, de queja, de imitación, de exteriorización de la fantasía. El juguete, en la protohistoria, se confunde con la marioneta; la muñeca articulada aparece en las viejas sepulturas, sana y entera, mientras los huesos del que con ella jugó y se entretuvo son ceniza impalpable. Las religiones—madres del teatro—también cultivaron la marioneta. El hórrido Moloch que Flaubert describe en *Salambo*, con sus brazos articulados que por medio de cadenas recogen á la criatura ofrecida en holocausto y la elevan hasta introducirla en el candente horno de su pecho, no es sino una marioneta-idolo. El mismo nombre de *marioneta* ó *marieta* procede de las vírgenes articuladas que á docenas se vendían en la Edad Media. En las catedrales encontramos la marioneta que no habla, pero gesticula, y es el Papamoscas de Burgos, el Moro de Barcelona, el maragato y la maragata del reloj de Astorga, figura cómica, que asumía con gesto vital la inmovilidad de la estatuaria y la gravedad de la piedra.

Cervantes—de actualidad ahora—nos ofrece en el *Quijote* una página de marionetas, en la cual, voluntaria ó involuntariamente, hay plétora de simbolismo. Es la del retablo de maese Pedro, y la representación de las aventuras de Gaiferos y Melisendra. Tal

vez esta página del *Quijote* inspiró á Metterlinck uno de sus poemas dramáticos. Ello es que D. Quijote, confundiendo como siempre lo real con lo ideal, toma los títeres por los mismos personajes que representan, y cree que el drama pasa al pie de la letra, que Melisendra, es Melisendra; D. Gaiferos, D. Gaiferos; Marsilio, Marsilio, y Carlomagno, Carlomagno; arremete contra ellos, para defender á los enamorados, y en dos credos no deja títere con cabeza. Si D. Quijote viese claro, comprendería que todo aquel retablo eran no más que figurillas de pasta y de cartón; y si viese más claro todavía (con la dolorosa claridad que hace irreconciliables al alma y al destino), acabaría de enterarse de que tampoco el títerero maese Pedro es maese Pedro, sino el ladrón y truhán Ginés de Pasamonte, el mal agradecido á quien un día libertó de las cadenas el ingenioso hidalgo, y que en pago hurtó á Sancho Panza su rucio. Tal es el resultado de la investigación y el fruto de la penetración: los héroes, reyes y princesas son marionetas, y el que las mueve es un galeote.

\* \*

No se crea que las marionetas carecen de historia y pergaminos literarios. Recientemente pagó tributo á la literatura de marionetas un autor tan refinado como Mauricio Metterlinck. Jorge Sand ha escrito para marionetas un sin número de obras teatrales. En una farsa popular de marionetas encontró Goethe la idea de *Fausto*. En Italia, los fantoches y los *pupazzi* constituyen el espectáculo más nacional. Nuestros toros, con su sangriento aparato, agradarían menos en Italia que esos muñecos poéticos, que se reparten traspazos inofensivos, que aman sin corazón, que odian sin hígado, que fallecen sin haber espirado nunca solo vital. Mientras nuestro cruento realismo exige el drama que destroza, palpable y auténtico—como exigimos á las efigies color y vestiduras de tela—el elegante idealismo italiano se contenta con la ficción, la mentira de los *pupazzi*.

\* \*

Las marionetas propiamente dichas son las manejadas por hilos; los *pupazzi* son las figurillas movidas por la mano. Estas se prestan mejor á lo cómico: las primeras, á lo dramático *irreal*. Su modo de deslizarse por el escenario, sin pisar, tiene mucho de esa suavidad ingrátida que caracteriza á las apariciones. Si un velo transparente se interpone entre el espectador y la marioneta; si los prestigios de la luz eléctrica adoptada á lo escénico las envuelven y las desmaterializan, nos transportan fácilmente á la región de los ensueños. Tal es quizás la causa del prestigio que las marionetas ejercen hoy sobre los inclinados al modernismo. Estamos en una época en que lo demasiado verdadero abruma el alma.

\* \*

Voy á referir aquí una anecdotilla de mi vida literaria, que podrá interesar hoy por enlazarse con el centenario del *Quijote*. En mis «Memorias literarias» hay varios casos análogos, y sirven para enseñar qué nivel intelectual alcanzan, generalmente, los que se dedican al *sport*, ya algo pasado de moda, de roerme los zancajos.

No ha muchos días, como *El Imparcial* hablase de adquisición de la casa de Argamasilla de Alba que la tradición supone prisión de Cervantes, dí la voz de alarma, advirtiendo que las más recientes investigaciones críticas van contra la autenticidad de esta tradición.

Al hacerse cargo de mis indicaciones, *El Imparcial* me dirigió una excitación para fomentar en Galicia el entusiasmo cervantino, ya que Cervantes fué oriundo de Galicia, de las montañas de la provincia de Lugo.

Cogí la pluma y escribí otra carta á Mariano de Cavia, para decirle, á riesgo de molestar y desilusionar á bastantes paisanos míos, pero en aras de la veracidad y de la buena fe, que tampoco la indagación de los más competentes escritores que tratan á Cervantes y su biografía permite creer que Galicia sea el solar del autor del *Quijote*.

Y he aquí que acabo de recibir por el correo un periodiquito de Tomelloso, donde me ponen como hoja de perejil por haber discutido la leyenda de Argamasilla de Alba, pero más todavía por «haberme empeñado en ser paisano de Cervantes.»

¿Lo oyen mis lectores? Pues es lo mismo que se lo cuento: no invento este rasgo, ni rasgos de tal naturaleza pueden inventarse. Y así, con esta información y esta probidad, he sido siempre atacada, no ya por los periodistas de Tomelloso, sino por gente que pretendía tener cartel literario.

Ello le demostrará á mi amigo Unamuno que no hay cosa más indigesta que las verdades. Si yo dejase correr lo de Argamasilla y lo de la oriundez gallega de Cervantes, á estas horas no me querrian mal ni gallegos ni manchegos. En justo honor de los de mi tierra debo decir que hasta la presente no sé que les haya parecido mal mi rectificación. Dan así una prueba de cultura, pues no son asuntos que se resuelvan ni arreglen con manotear é injuriar: sólo se esclarecen leyendo, estudiando, revolviendo papeles, y ofreciendo el fruto de las vigalias, en serena labor, á la interpretación de la historia literaria.

\* \*

A decir verdad, no me explico el afán de los pueblos y pueblecillos en sostener, contra el dictamen de los inteligentes, que

aquí de Elio Adriano de Teodoro divino, de Silio peregrino, rodaron de marfil y oro las cunas.

Los pueblos deben interesarse muchísimo en poseer:

- I.—Excelentes vías de comunicación.
- II.—Establecimientos fabriles é industriales.
- III.—Higiene, alcantarillado moderno, desinfección constante.
- IV.—Agua, muchísima agua.
- V.—Luz, mucha luz.
- VI.—Escuelas en número suficiente, con profesores idóneos y celosos.
- VII.—Bibliotecas, en vez de casinos con timba.
- VIII.—Gente emprendedora, diputados formales y útiles, caciques (si no hay otro remedio) que al menos no pertenezcan al número de los presidiables.
- IX.—Párrocos de buenas costumbres y ejemplo.
- X.—Prensa que eduque, enseñe y distraiga y no habitúe á los lectores á las formas inciviles y descortesas y á la insulsez y pequeñez de espíritu, unida á la inexactitud en la información.

Todo lo cual deseo muy de veras á los habitantes de Tomelloso.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## PENSAMIENTOS

La religión es una boya de salvamento al alcance de los naufragos de la vida.

ANGELA DE CAMILAS.

Un primer libro las más de las veces cae en el público como una piedra en el agua.

PABLO Y VÍCTOR MARGUERITE.

Los aplausos no son la gloria.

LAMARTINE.

Con frecuencia la dicha que se pretende dar á los niños hace de ellos seres desgraciados para el resto de la vida.

JORGE SAND.

La instrucción es un cultivo; la educación un injerto.

PABLO ROMILLY.

El norteamericano tiene la sed de la igualdad y la manía de los títulos.

BARÓN DE HUBNER.

Hay en nosotros dos seres: el actor y el espectador.

SIENKIEWICZ.

Una maldición es como una bala disparada al azar; nadie puede estar seguro de que no mate.

LEÓN DE TINSEAU.

El sentimiento de la dignidad no excluye el buen humor; un poco de sal no perjudica la razón.

FEDERICO SOLIÉ.

En nuestros tiempos, un soberano, un gobierno, un partido, no emprenderán nunca una guerra si el comercio se opone á ello; el comercio es quien gobierna el mundo.

JORGE COLLINS.

Hoy en día necesitamos más de caracteres que de talentos; pero no nos está prohibida la acumulación del talento y del carácter.

FÉLIX HEMON.

El acero de la libertad no es el puñal, sino la espada.

CHATEAUBRIAND.

El deseo de mutación, tan natural en el hombre, no produce necesariamente el progreso: volver atrás es también un cambio.

—Es tal la fuerza de la costumbre, que cuando nos vemos libres de un mal que hemos padecido durante mucho tiempo, parece que nos falta algo.

G. M. VALTOUR.

# COMO MURIO LA PRINCESA



La princesa Eufemia apreciaba en mucho sus blondos cabellos, sus extensos dominios y preclara estirpe; pero estimaba en más aún su orgullo, que, separándola de las otras damas de la corte, la levantaba á inmensa altura, desde donde veía el mundo entero á sus pies.

Muchos la cortejaron y adularon, pero ni las alabanzas ni las amorosas súplicas conmovieron á la princesa Eufemia, quien escuchaba las palabras suaves ó enamoradas con el indiferente hastío con que oía el caer de la lluvia ó el rechinar agrio de la veleta de su castillo.

\* \*

Al regresar la princesa Eufemia una tarde de una cacería, donde como siempre apareció hermosísima y altanera, se sintió desfallecer, y una oleada de hielo recorrió su cuerpo. Mas pensando que aquella noche se celebraba un baile en el alcázar y que al siguiente día se efectuaban justas en honor suyo, dominó el desmayo, acudió al baile, presidió el torneo, enamoró á muchos, desesperó á todas y cuando regresó á su palacio se sintió morir.

La imagen de la muerte se enseñoreó de su cerebro y quiso expirar como vivió, impasible, sin descomponer su rostro admirado con gestos inarmónicos, ni enturbiar el cristal de su voz con roncas quejas.

Dominó la angustia que se apoderaba de su alma, aprisionó el dolor dentro del cuerpo sin dejarle escapar, y sólo la palidez de sus divinas facciones reveló el sufrimiento que la atenazaba al pensar en la desaparición de su hermosura, aniquilada por el ineludible fin.

\* \*

No se reclinó en el lecho. De pie moriría, y sólo muerta doblaría su cabeza orgullosa, siempre erguida mientras vivió. Vestida de blanco, destrenzado el luminoso cabello, se adosó á un tapiz que cubría un muro de la estancia, y allí, apoyada sobre los cuarteles de su escudo, los ocultó con su cuerpo escultórico, que apareció sostenido por los alados leones que eran los tenantes de sus armas.

Tecla, Balbina y Agueda, las doncellas de la princesa, contemplaban con asombro aquella altiva agonía. Ninguna de las sirvientas decía palabra, ni socorría á su señora, detenidas por el respeto y el temor que la princesa inspiraba. Disintulábanse por los rincones del cuarto, cuando la moribunda habló.

—Tecla, trae la arquilla de las misivas. Balbina, acércame el cofrecillo de las joyas; Agueda, di á Fray Ulamés que me muero, que venga á ungerme.

\* \*

Obedecieron todas. Agueda desapareció para llamar al religioso. Balbina depositó ante la princesa un cofre de ébano y nácar, y Tecla trajo una arquilla de cristal de roca donde dormían rollos de pergaminos.

—Abridlas, ordenó la agonizante; abridlas y esparcid por el suelo cuanto contienen.

Así lo hicieron las doncellas, y las misivas se amontonaron sobre el tapiz y las piedras fluieron como agua transparente.

La orgullosa las contempló un instante y luego dijo:

—Acercadlas á mis pies.

Atendiéndola las sirvientas, aproximaron las alhajas y las cartas á los desnudos pies de la princesa Eufemia, que las contemplaba con ojos ávidos.

\* \*

Los pergaminos finísimos manchábanse con tintas áureas y rojas que trazaban líneas menudas y apretadas, interrumpidas á trechos por grandes letras multicolores.

En ellos leía la princesa Eufemia cantos en loor suyo, súplicas, ruegos, amenazas, lisonjas, palabras amorosas, quejas desesperadas. Algunos caracteres eran familiares á los ojos de la princesa, y repetían mil y mil veces idénticas palabras; con ellos se mezclaban escrituras extrañas que sólo vio una vez, manifestaciones de amores rápidos y fugaces que huyeron ó murieron para olvidarla.

Y sobre los rollos escritos, los diamantes goteaban incandescentes y purísimos, mientras los carbunclos, los becilos, los zafiros brillaban apagados entre el oro que los engastaba. Las cadenas cinceladas anudaban y rompían sus eslabones sobre el obscuro tapiz, y de vez en vez el prisma de los esmaltes se extendía sobre las aspas de una cruz ó se combinaba en la tapa de un relicario, con lechosas perlas disformes y tersas turquesas.

La vista ya enturbiada de la moribunda se recreaba viendo á la riqueza y á la pasión rodear sumisas su agonía.

\* \*

Conducido por Agueda, Fray Ulamés entró en la estancia. Siempre de pie, apoyada siempre en el escudo de su casa, la orgullosa dijo al sacerdote:

—Ungeme, pues voy á morir. Unge mis pies, mis manos, mis ojos.

El religioso, fascinado por aquel extraño espectáculo, no respondió. Depositando sobre el tapiz el santo vaso que traía en la mano, arrodillóse ante la princesa y se dispuso á unger sus pies ya fríos.

Por un instante vio Eufemia sojuzgados ante sí todos los poderes del mundo. El amor, la riqueza, la misma divinidad, se humillaban, rodeando prosternadas su tremendo orgullo. En sus altaneras pupilas brilló la llamarada de su altivez satisfecha, su cuerpo se irguió majestuoso. Mas en el momento en que Fray Ulamés rozaba con los óleos sagrados la piel satinada de la princesa Eufemia, ésta dió un grito, y su cuerpo, desprendiéndose del abrazo de las heráldicas fieras, se desplomó abatido por la muerte, que le hizo rodar al suelo entre las protestas enamoradas, ya sin objeto, y las fulgentes piedras, ya sin dueña.

MAURICIO LÓPEZ ROBERTS.

(Dibujo de Camps.)



## ANGEL DELLA VALLE

NOTABLE PINTOR ARGENTINO

El ilustre pintor argentino cuyo nombre encabeza estas líneas bajó á la tumba ha pocos meses, á la edad de cuarenta y ocho años, cuando estaba en el período culminante de su talento, con todo el caudal de conocimientos aportados por su constante estudio, su entusiasmo y su labor jamás interrumpida. La muerte ha sido cruel con la República Argentina privándola de artista de tan superiores cualidades, constantemente desvelado para despertar las energías de la juventud porteña, con veinticinco años de continuados esfuerzos para formar un núcleo de jóvenes artistas, que en tiempo no lejano dieran días de gloria á la patria.

Apenas desaparecido, ya se está notando su falta personal, su actividad asombrosa, su gusto delicado, su tacto acertadísimo, en el «Estímulo de Bellas Artes», academia nacional que parece haber quedado sin alma, ó como edificio del cual se ha desprendido la piedra angular.

Su afición á la pintura revelóse casi con los balbuceos de la infancia. Desde sus primeras mocedades sintió predilección avasalladora por lápices y colores;

sanas del mundo. Con todo, seguía estudiando dibujo del natural y pintura, siendo su maestro el notable pintor gallego D. José Buchet, quien veía en el mozo una brillante esperanza para el arte. Sólo contaba diez y siete años á la muerte de su padre y su vocación fué expresada entonces resuelta é irrevocablemente.

Poco después marchó á Florencia, y aprovechando la estancia en aquella encantadora ciudad italiana de su primer maestro, el ya citado Sr. Buchet, alcanzó, por su intermedio, ser aceptado en el estudio del afamado pintor Ciceri, quien distinguiólo desde un principio haciéndolo su discípulo predilecto.

Algo más de siete años pasó en Italia dedicado con afán, con apasionamiento, á la investigación de todos los misterios y secretos del arte pictórico.

Revelóse á sus connacionales en la «Exposición Continental» que en el año 1882 se celebró en Buenos Aires. Envió varios cuadros, entre ellos el *Prometeo*, que mereció un primer premio, y diferentes cabezas de estudio de tal factura y ejecución, que se dudó fueran del joven della Valle. Pronto desvanecieron las dudas las nuevas producciones que fueron llegando, de concepción cada día más acertada y de ejecución cada vez más feliz.

Regresó á su patria hecho hombre y hecho artista con nombre y fama; pero sencillo, modesto, retraído,

gares netamente argentinos, y pocos le han igualado en verdad y en exactitud de color.

Jamás enamoróse de ninguna de sus obras: era el primero en criticarlas y hasta complaciase en señalar los errores, confesando no haberlos salvado por no encontrar modo de vencer las dificultades presentadas.

Della Valle era de los autores que veía sus cuadros tan pronto terminados como adquiridos. Causa por la que, á su muerte, sólo quedaron algunos bocetos en poder de la familia y los pocos cuadros á ella dedicados.

Los más conocidos y celebrados fueron: *La corrida de sortija*, *El gaucho malo*, *El matrero*, *Indio arrojando el lazo*, *En el rodeo*, *La mazamorra*, *La taba*, *Huyendo del incendio*, *La esquila*, *La trilla*, *El arreo*, *Banda lisa*, *Idilio gaucho*, *En el fogón*, *Tropa de carretas*, episodios de las guerras del Paraguay é Independencia, amén de *La vuelta del malón* y *Prometeo*, ya mentados, y los preciosos paisajes y escenas campestres argentinas.

También fué un retratista afortunadísimo por la exactitud del parecido y por la vida y el alma que sabía dar á sus retratos, y cultivó la decoración mural sin desdeñar tampoco la naturaleza muerta.

Difícil nos ha sido alcanzar fotografías de algunas de sus obras, por estar en poder de particulares dentro y fuera de la nación; pero gracias al patriotismo



La vuelta del malón, cuadro de Angel della Valle (de fotografía de A. G. Reffo)

pero su padre, arquitecto distinguido, prefirió que se dedicara á la carrera de ingeniería civil.

Estudió con tal aprovechamiento, que alumno todavía de los primeros cursos, contribuyó á levantar los planos de nivelación de la capital federal para la construcción de las cloacas, obra que en pocos años transformó Buenos Aires en una de las ciudades más

tan enemigo de exhibiciones cuanto amante del trabajo. En cuantas exposiciones tomó parte alcanzó premios valiosos, y con su cuadro célebre *La vuelta del malón* ganó medalla de oro en la universal de Chicago.

Fué el pintor nacional por excelencia. Todas sus obras de composición, así históricas como de costumbres y paisaje, están inspiradas en asuntos y lu-

desinterés del joven fotógrafo Sr. A. G. Reffo, que tomó con empeño tan impropio trabajo expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, podemos rendir nuestro tributo de justa admiración al genial pintor, por lo que damos al Sr. Reffo nuestras más expresivas gracias.

JUSTO SOLSONA.



INDIO ARROJANDO EL LAZO. - EN EL RODEO. - HUYENDO DEL INCENDIO. - CARGA DE LOS GRANADEROS DE SAN MARTÍN. - EPISODIO DE LA GUERRA DEL PARAGUAY (BOCETO)  
BANDA LISA. - EN LA ESTANCIA. Cuadros de ANGEL DELLA VALLE (de fotografías de A. G. Reffo)



Paseaban cogidas del brazo, taconeando menudamente

## «LA EMBAJADA CHINA»

¡Pobrecitas!

Aún me parece estarlas viendo: las tres iguales, con sus ojitos alegres de diminuta pupila, las cejas altas como hechas á pincel en medio de la frente, sus boquitas pequeñas de morros coloraditos, el pelo muy tirante peinado hacia atrás y las tres vistiendo trajes de colorines los más chillones...

No podía decirse de ellas que fuesen feas absolutamente; pero ¡ay!, tampoco era nadie capaz de afirmar que fuesen bonitas. Tenían la peor de las cualidades que pueden tener las mujeres: había presidido su nacimiento el Hada de la Ridiculez.

Paseaban cogidas del brazo, taconeando menudamente, prodigando sonrisas á todo el mundo y volviendo las tres á un mismo tiempo la cabeza para cerciorarse de que la mamá las seguía, una pobre burguesa que caminaba detrás, llevando, todo lo más tristemente posible, la majestad de sus sesenta y tantos años.

Y ¡cómo agradecían con toda el alma el más insignificante saludo, sin comprender las pobres lo irónico de aquellas cortesías que les hacíamos!

Entre la juventud de entonces, y en la capital de segundo orden donde esto ocurría, las conocíamos, no por sus nombres y apellidos precisamente, sino por el gráfico apodo colectivo de *la embajada china* con que tuvieron á bien bautizarlas.

Y efectivamente, no pudo ser más feliz la ocurrencia: parecían, propiamente, tres figuras arrancadas de un mantón filipino ó despegadas de un juego de te de porcelana china; con la agravante de que al pasear siempre solas y como abriéndose camino para lucir los colorines de sus trajes y sus caritas de muñecas, resultaban figuras exóticas como los enviados del Celeste Imperio que vemos por esas calles.

Y ellas, ignorantes del apodo y del efecto que producían, seguían mirándonos á todos amabilísimamente...

¡Pobrecitas!

\* \* \*

La juventud, en sus locuras y diversiones, llega, á veces, hasta la crueldad.

No sé cuál de nosotros tuvo aquella idea loca: el hecho fué que una noche de broma y de jarana, después de haber cometido una porción de disparates y agotada ya la vena de nuestras diabluras, nos sorteamos para enamorar tres de nosotros á *la embajada china*.

Al día siguiente nos declaramos á ellas y las pobrecitas nos «aceptaron» *incontinenti*: cada una nos dió un sí que le salió de lo más profundo del alma, y aquella misma tarde paseamos ya los seis juntos, en parejas de á dos, con la mamá á la cola y llamando la atención de todo el mundo, como no podía menos de ocurrir en una capital de segundo orden donde se sabe y se comenta todo.

Nadie puso en duda que se trataba de un bromazo á *la embajada*, y todo el mundo colaboró á gusto en la comedia que representábamos.

Las llevamos al teatro, á los toros, á los bailes del casino, y los seis dábamos la nota en todas partes, siendo ellas el hazmerreir de las gentes y ufanándonos nosotros de aquel rasgo de ingenio que habíamos tenido y que nos acreditaba de chicos de buen humor y de calaverones empedernidos.

Todas las noches hablábamos por la reja con ellas, y eran de oír aquellos idilios en los cuales poníamos nosotros toda la cursilería posible de frases románticas hasta la estupidez, y ellas nos oían con una delectación y un arrobamiento que daba pena, verdaderamente.

Pero aquello era poco aún: ya nos íbamos hartando de repetir la misma escena, y hacíase preciso llegar á lo último combinando alguna cosa que llamase la atención de todo el mundo y que fuese un verdadero golpe de efecto.

¿Qué hacer?... Imaginamos infinidad de planes, todos ellos de la peor intención posible, y tras una discusión seria y acalorada que los tres tuvimos, ni más ni menos que si se tratase de resolver un problema verdaderamente arduo, por fin convinimos en la más cruel de las soluciones que pudieron ocurrirnos: la de *casarnos*.

No faltó ni uno de los preliminares consiguientes: pedimos á la pobre madre la mano de las tres niñas; la buena señora estuvo á punto de desmayarse ante aquella *felicidad* imprevista y le faltó tiempo para publicar la noticia á tambor batiente.

Combinados con un amigo nuestro, curial y empleado en la Vicaría, simulamos la toma de dichos en la misma casa de ellas y después de habernos gastado el dinero tan á gusto en partidas de bautismo y demás documentos que daban carácter de verdad á la cosa.

Aquello marchaba á las mil maravillas: hasta un periódico de la localidad llegó á dar la noticia, que cayó como una bomba.

Todo el mundo nos asediaba con preguntas y todo el mundo nos admiraba por nuestro buen humor y por el tesón que habíamos puesto en llevar la broma adelante.

*La embajada china* comenzó á recibir regalos; pero ¡qué regalos!

Un juego de cacerolas de á seis pesetas, tres plumeros magníficos, una docena de paños para la cocina, tres cubos para fregar, un gato negro..., ¡qué sé yo! Todo lo más enrevesado y de peor gusto posible.

Pero las pobres no se daban cuenta del ridículo y seguían firmes en sus ilusiones de boda.

Declaro honradamente que yo no pude ya más.

Aquellas criaturas, llenas de una ingenuidad y una inocencia admirables, habían llegado á vencer en mí todo instinto de maldad: no tuve otro remedio que rendirme al enemigo.

La que me había tocado en suerte logró transfigurarse á los ojos de mi espíritu, y ya no vi en ella la *pobrecita cursi* que sirvió de *ánima vili* para una broma tan pesada como aquella: la bondad llegó á imponerse, y fué, desde aquel instante, el defensor más decidido de ella.

La víspera de la boda figurada, planteé la cuestión resueltamente ante mis compañeros:

—Yo no paso de aquí, les dije.

—Pero ¿vamos á dejar sin remate una broma que nos ha salido tan bien?

—No, señor; el remate lo tengo.

—¿Cuál?, preguntaron asombrados mis dos amigos.

—¡Casarme!, les contesté. Y si vosotros os oponéis, soy capaz de casarme ¡con las tres!

\* \* \*

Y como lo dije lo hice.

Mis dos amigos me tacharon de loco, de imbécil... Pero yo no me arrepiento.

Como mis dos cuñadas han permanecido solteras, viven conmigo, y mi casa es, verdaderamente, *la embajada china*.

Declaro á ustedes que soy completamente feliz en clase de *mandarín*.

FÉLIX LIMENDOUX.

(Dibujo de Medina Vera.)

## CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE VALENCIA

EXPOSICIÓN DE RETRATOS ORIGINALES

DE D. IGNACIO PINAZO

Mi amigo el pintor Mongrell me dió la noticia y me presentó al Sr. Pinazo. El nombre de Pinazo me era familiar, pero desconocía sus obras; tal vez admiré alguna en ocasión de ignorar que fuese suya. «Es una lástima—me decía Mongrell—que genios como Pinazo se hallen tan ocultos fuera de Valencia.» Y tuve más tarde la evidencia de que mi amigo razonaba justamente, al admirar en el «Círculo de Bellas Artes» la exposición de retratos al óleo de aquel pintor.

Los modelos retratados en sus lienzos no son altos relieves acertadamente iluminados y ricos de color, como la mayoría de los que hoy se reputan por excelentes retratos; en este orden, Pinazo alcanzó en España una ventaja de consideración sobre los demás pintores contemporáneos, porque en sus copias del natural se encuentra al individuo sorprendido en un momento de inmovilidad, pero que deja observar, entre las capas de pintura, la vida orgánica que palpita fingida magistralmente por el pincel.

Lástima que la exposición no se completase con algunos retratos, que hubiesen dado mayor variedad é importancia al salón, pero sus dueños se excusaron de cederlos para un acto tan noble.

Las fotografías que acompañan al presente trabajo dan una idea de las obras expuestas, aunque en realidad no pueden competir con los cuadros originales por pertenecer á otro orden diferente.

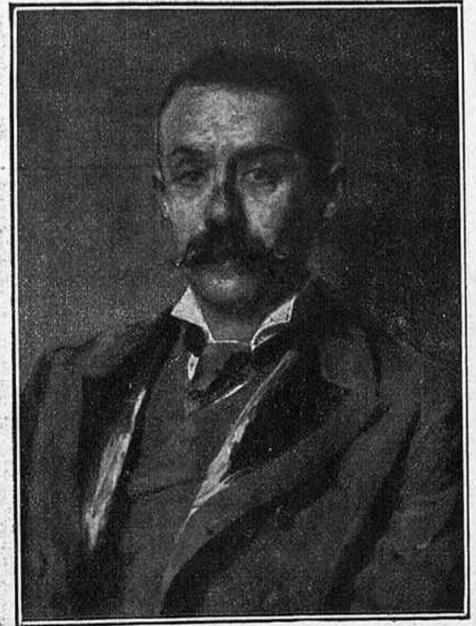
Como no soy técnico en esta materia, debo apartarme de la crítica, aunque no haya de ser censurable, ya que la discreción así me lo aconseja, y si apunte en cierto modo datos psicológicos, fué porque en



Retrato pintado por EUGENIO PINAZO



Interior de la exposición de obras de PINAZO celebrada en Valencia



Retrato pintado por EUGENIO PINAZO

los lienzos de Pinazo hay mucho del alma personal y del alma oculta de las cosas.

Atendiendo á estas observaciones, únicas en las que puedo expresar mi impresión y mi criterio, ya que «*todo está en todo*» y todo se relaciona y se une íntimamente, voy á juzgar, á mi manera, la mejor obra de este artista valenciano, vista, naturalmente, á través de mi temperamento.

Bien está que los técnicos en pintura se detengan á examinar sus efectos: en cambio mi observación psicológica se detiene en el estudio de la causa que los produce; juzgado así el asunto, la mejor obra de D. Ignacio Pinazo es él mismo; porque al individuo que lleva dentro de sí las nobles ambiciones del arte, no se le enseña; aprende él solo. Un artista no lo puede hacer el extraño, ha de hacerlo el propio sujeto.

Y Pinazo se ha ido haciendo él solo, por eso es más original que muchos; se ha ido formando con el estudio de la vida, hacia el que profesa una inclinación espontánea, de la que siempre saca un jugo provechoso que refleja en sus lienzos con hálitos de alma.

Cumpliendo una cita, acudí, no hace muchas mañanas, á su casa. Deseaba ver algunos de los retratos que no le habían cedido para su exposición, y él se me ofreció complaciente para ir á visitar á los interesados en cuyo poder se hallaban estos lienzos.

Era una mañana desapacible, casi fría..., de luz empañada. Mientras el artista se levantaba del lecho después de una noche desasosegada, su hijo mayor me enseñaba varios apuntes de su padre. Eran instantáneas del arroyo, hechas al minuto. Me quedé sorprendido al ver la facilidad con que mancha estos apuntes y el dominio que tiene del color. Cada una de aquellas tablitas, tan acertadas en el ambiente general, me transportaban á la plataforma de un bal-

cón, desde la que me parecía examinar el paisaje. Salimos á la calle. El iba observando la naturaleza

en todo; yo iba observando la naturaleza en él. De pronto me detuvo á la entrada de una calleja antigua y extremadamente estrecha para ser calle.

Un cortejo fúnebre se había detenido en ella. Delante, en dos filas, se extendían las niñas de un Asilo. Vestían hábito de San Vicente, y sostenían sendos cirios encendidos, cuyas llamas iluminaban sus caritas flácidas y tristes de pobrecitas almas huérfanas. Hacia el centro, se mezclaban los gruesos sacerdotes de enlutadas casullas entonando fúnebres cantos; seguía el féretro en hombros humanos, y cerraba la calle, sirviendo de fondo, el acompañamiento; una masa confusa de personajes indiferentes al acto. La raya de cielo plumizo que cubría la calleja daba una tonalidad de lobreguez infinita, y los cánticos monótonos replegaban el alma en lo más recóndito de nuestro ser...

—¡Mire usted qué cuadro!, me dijo Pinazo visiblemente emocionado.

Era verdad. Un cuadro más que entraba por sus ojos y llegaba hasta su alma.

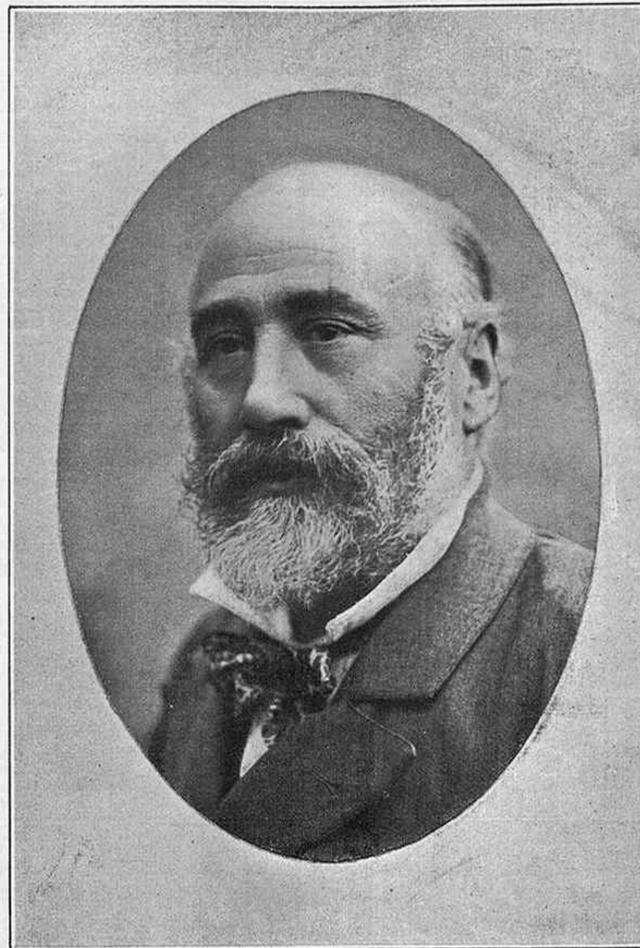
—¡Lástima, le repliqué, que á la pintura no puede dársele el valor del sonido, como se le da el del color y el del movimiento!

—No lo crea usted, añadió; bien interpretada la expresión fisonómica, se diferencia notablemente un bostezo de un cántico.

Al terminar el visiteo, nos separamos en la plaza de la Reina. Apreté con efusión aquella mano patriarcal de blando contacto y le vi alejarse lentamente, metidas las manos en los amplios bolsillos, cubierta la venerable cabeza de apóstol con el sombrero de alas flexibles..., y cuando le vi perderse en la tonalidad gris de aquella mañana, me recordó uno de sus apuntes callejeros... ¡El mejor!

JULIO DE HOYOS.

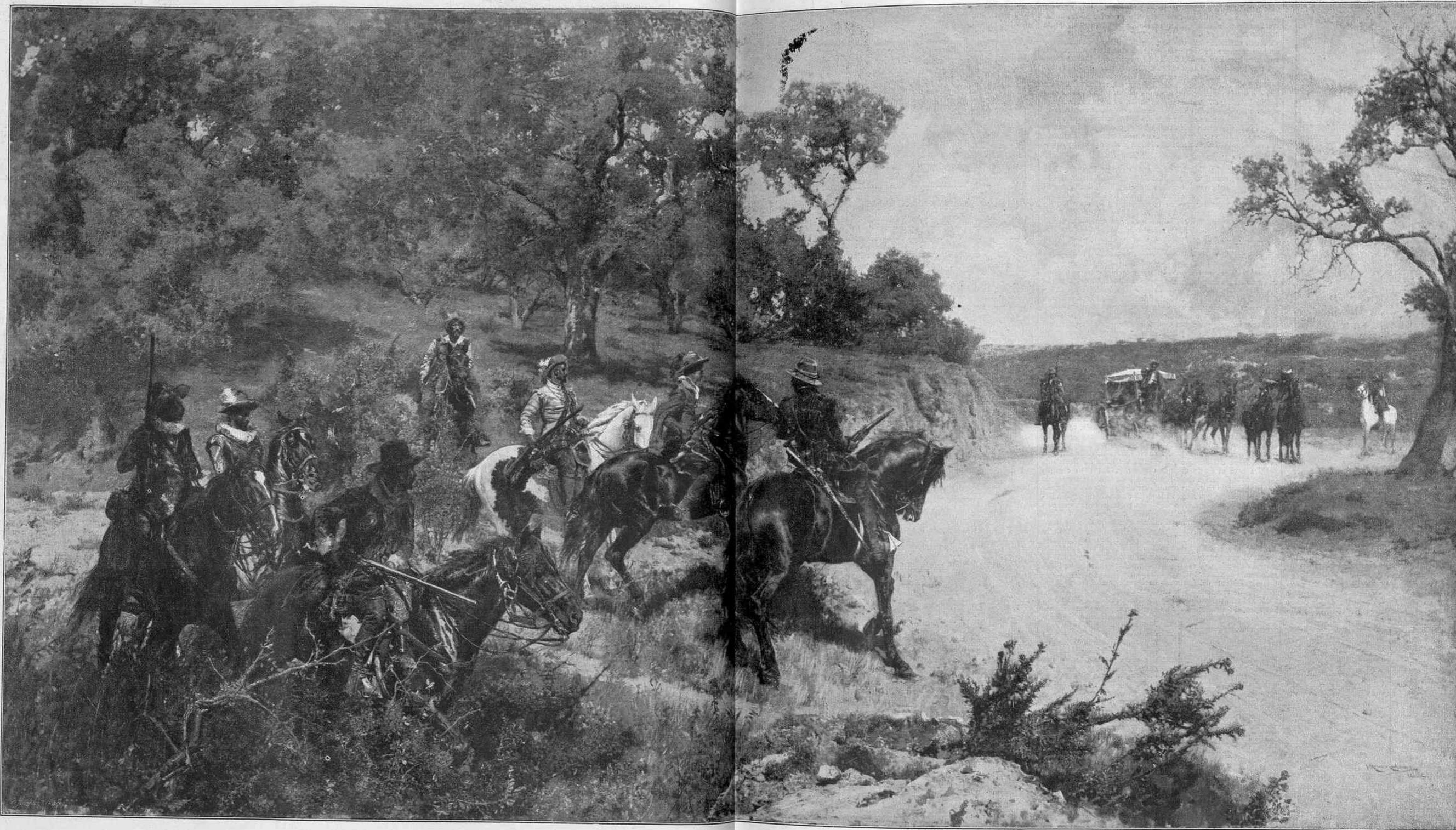
(Fotografías de la fotografía «Parisién» de Valencia.)



D. EUGENIO PINAZO, notable pintor valenciano



GRUPO DE CONCURRENTES AL BANQUETE CELEBRADO EN HONOR DE PINAZO, ENTRE LOS QUE SE HALLAN LOS SRES. BENLIURE (D. JOSÉ), MUÑOZ DUEÑAS, MONGRELL, AGRASSOT, BENAVENT, BAÑO, SIGÜENZA, etc. (fotografía impresionada en la playa)



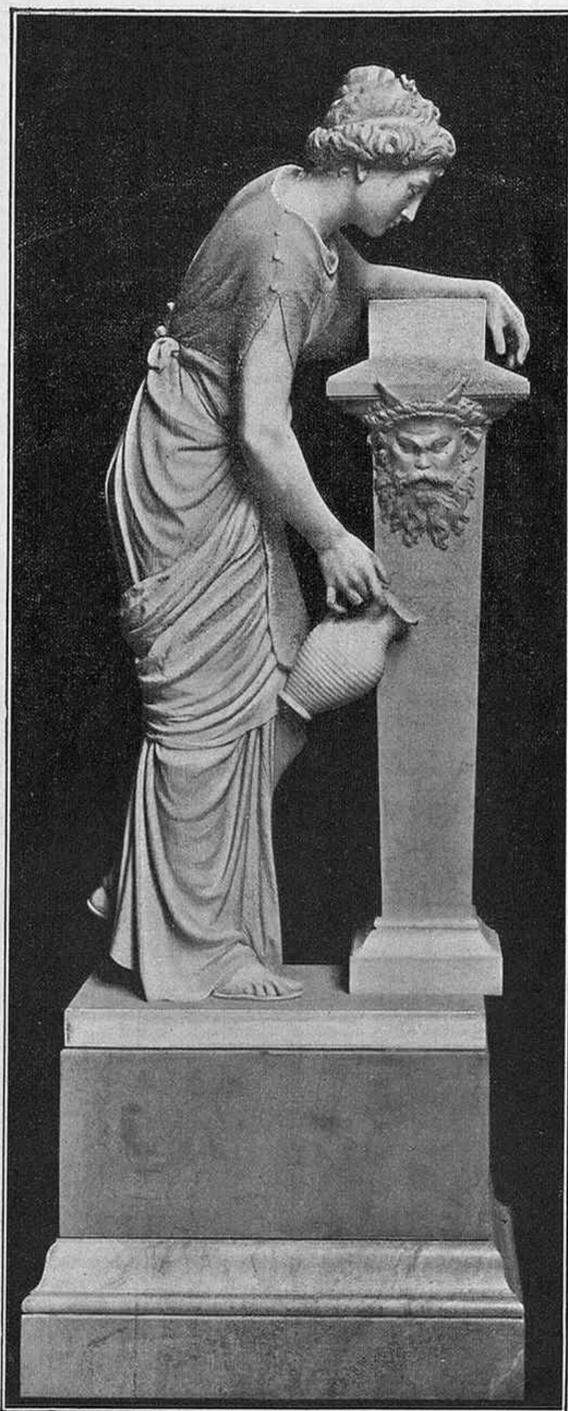
«Entretanto el coche y los caballeros se nos venían acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon á tiro de fusil.»

(*Gil Blas de Santillana*, lib. primero, cap. IX.)

GIL BLAS DE SANTILLANA EN COMPAÑÍA DE LOS BANDIDOS, CUADRO DE JOSÉ MORENO CARBONERO

NUESTROS GRABADOS

**Pompeyana en la fuente, obra de Felipe Moratilla.**—Es el distinguido artista y notable escultor Felipe Moratilla, el último representante de aquel grupo de artistas



POMPEYANA EN LA FUENTE, obra de Felipe Moratilla

españoles que allá, en los comienzos del último tercio del pasado siglo, recabaron para nuestra patria y por medio de sus obras un lugar preeminente en el concierto artístico de los demás pueblos. Establecido en la Ciudad Eterna, ha continuado Moratilla la tradición de los que fueran sus compañeros, y hoy, convertido en decano de los artistas españoles, prosigue incansable su labor, sin que los años que transcurren mitiguen sus energías ni aminoren sus aptitudes. Muestra de ello es la hermosa estatua que reproducimos, concebida y ejecutada con verdadero acierto é inspirada en las magistrales obras del arte helénico. Bien haya el distinguido artista por su entusiasmo y por la galana muestra que nos ofrece. Acepte nuestro aplauso y vea en estos renglones el testimonio de la afectuosa consideración que nos merece.

**La princesa Matilde.** Hija del rey Jerónimo, el hermano menor de Napoleón, y de la princesa Carlota de Wurtemberg, Matilde Guillermina Bonaparte, que ha fallecido en París el día 2 de los corrientes, nació en 27 de mayo de 1820 en Trieste, en donde pasó su primera infancia. A la edad de tres años la llevaron a Roma, y allí estuvo bajo el cuidado de su tía la condesa de Survilliers, esposa de José Bonaparte, hasta 1831, en que sus padres se establecieron con ella en Florencia, en donde adquirió aquel gusto por las artes y por las bellas letras que



LA PRINCESA MATILDE BONAPARTE, fallecida en París el día 2 de los corrientes

andando el tiempo había de desarrollar sus felices disposiciones naturales. Al morir su madre en 1835, trasladóse á la corte de Wurtemberg, en donde cautivó á todos con su belleza y su talento; pero cuatro años después, sintiendo la nostalgia de Florencia, regresó á la ciudad de los Médicis y se dedicó enteramente al estudio de la pintura. Prometiéndose entonces con su primo, el príncipe Luis Napoleón; pero abandonado poco después este proyecto de matrimonio, casóse en 1840 con el conde Anatolio Demidoff, que la llevó á Rusia, siendo cariñosamente acogida por el tsar Nicolás I, primo hermano de su madre. No fué dichosa con el conde, su marido, y el emperador de Rusia decretó su divorcio, obligando al esposo á pasarle una pensión de 200.000 rublos al año. La princesa se estableció definitivamente en París, creándose allí una corte de literatos y de artistas, y cuando su primo fué nombrado presidente de la República, ella fué quien hizo los honores del Eliseo y quien dirigió la casa del príncipe presidente. Durante el Imperio, consagróse á sus estudios favoritos y sus salones estuvieron abiertos á todas las celebridades de la época, y á la caída de aquél, retiróse á Bélgica hasta después de la guerra franco-prusiana, terminada la cual volvió á París y de nuevo abrió su salón, en el que volvieron á reunirse la aristocracia de la sangre y las eminencias artísticas y literarias. Con razón se la ha llamado la «buena princesa,» título que le conquistaron sus obras filantrópicas, entre las cuales merece ser citado especialmente el asilo de su nombre, en donde son asistidas cuidadosamente trescientas jóvenes pobres y enfermas incurables.

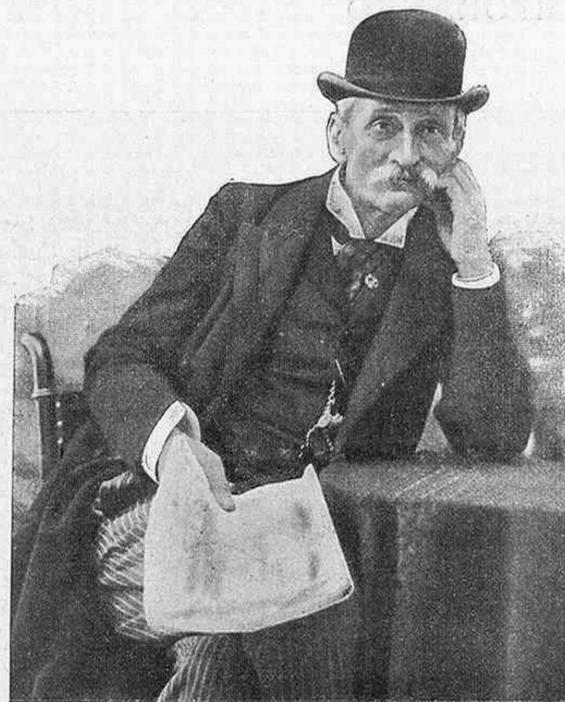
**Gil Blas de Santillana en compañía de los bandidos, cuadro de José Moreno Carbonero.**—Hace pocos meses que al ocuparnos de la notabilísima y copiosa labor realizada por el excelente artista José Moreno Carbonero, hicimos constar que en la magistral representación de cuadros, tipos y escenas de nuestra antigua y clásica literatura, es en donde se manifiesta gallardamente la personalidad del pintor malagueño, en donde aparecen sus inimitables cualidades de colorista y de discretísimo dibujante, así como su buen gusto é inteligencia para dar forma precisa á las creaciones de aquellos á quienes consideramos como astros de primera magnitud en el cielo de las letras patrias. Los cuadros del *Quijote* y del *Gil Blas de Santillana*, que hemos dado á conocer á nuestros lectores, se completan hoy con la reproducción del hermoso lienzo representando á *Gil Blas con los bandidos*. Vivo está todavía el recuerdo del buen efecto que produjo en la Exposición Nacional de 1892 y de los justos elogios que de la crítica mereció. En ella muéstrase el pintor y el artista, puesto que la ejecución es irreprochable, sea cual fuese el aspecto en que se estudie, corriendo con ella parejas la inteligente y acertada interpretación del pasaje de la obra en que se inspira. Al reproducirle en estas páginas, no nos guía otro propósito que el de dar á conocer á nuestros lectores una producción de reconocida importancia y el de dar al artista, por este medio, una muestra de la consideración que nos merece.

**José Zanardelli.**—En la noche del 26 de diciembre último falleció en su quinta de Maderno este eminente hombre público, cuyo nombre va íntimamente unido á la historia contemporánea de Italia. José Zanardelli había nacido en Brescia en 29 de octubre de 1826, hizo sus estudios en Pavía, recibió el grado de doctor en 1848 y después de haber tomado parte en el movimiento revolucionario de aquel año y del siguiente y tras un corto destierro regresó á su ciudad natal, dedicándose á la enseñanza del derecho y á escribir artículos de Economía política para el diario milanés *Crepuscolo*. En 1859 confióle Garibaldi la dirección de la insurrección en Brescia; terminada ésta, fué elegido en 1860 diputado en el Parlamento de Turín; y en 1866 el ministro Ricasoli le envió de comisario regio á Belluno. Después de diez años de luchas parlamentarias, que sostuvo desde los bancos de la izquierda constitucional, confióle Depretis la cartera de Obras Públicas que hubo de abandonar al año siguiente por discrepar de la opinión del presidente en la cuestión de los ferrocarriles. En 1878 fué ministro del Interior en el gabinete Cairoli, hasta después del atentado de Pisanante contra el rey Humberto, y desde 1881 á 1883 desempeñó la cartera de Justicia, que volvió á desempeñar con Crispi en 1877, redactando entonces el Código que fué aprobado en 1890. Nombrado presidente del Congreso de los Diputados en 1891, dió muestras de una imparcialidad digna del mayor encomio, volviendo al ministerio de Justicia bajo la presidencia de Rudini. En 1901, al retirarse Saracco, confióle el rey el encargo de formar ministerio, cuya presidencia ha desempeñado hasta hace dos meses, en que, á poco de regresar el monarca italiano de su viaje á París, escribió á éste una carta manifestándole que el mal estado de su salud no le permitía desempeñar los deberes de su cargo con la asiduidad que quería, por lo que se veía obligado á presentar la dimisión, la cual fué aceptada por el soberano, cuando se convenció de que eran, por desgracia, ciertas las razones que invocaba. Zanardelli, después de haber expuesto su vida como voluntario en 1848, consagró sus días á la obra de la libertad de su patria. Escritor, jurconsulto, abogado, diputado, presidente de la Cámara, ministro y presidente del Consejo, ha dedicado á Italia más de cincuenta años de una existencia pública sin tacha.

MISCELANEA

**Bellas Artes.**—KIEL.—Una señora que recientemente ha fallecido en Kiel ha legado á la Universidad de esa ciudad una magnífica casa, cuyo valor se estima en 600.000 marcos (750.000 pesetas) con la condición de que se establezca en ella, dentro de un plazo de cinco años, un Museo de Bellas Artes.

**Teatros.**—París.—Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La reine Fiammette*, cuento dramático en cuatro actos y seis cuadros, de Cátulo Mendes, música de Javier Le-



EL ILUSTRE ESTADISTA ITALIANO JOSÉ ZANARDELLI, fallecido en Maderno en 26 de diciembre de 1903

roux, y en la Opera Municipal de la Gaité *Messaline*, drama lírico en cuatro actos y cinco cuadros de Armando Silvestre y Eugenio Morand, música de Isídoro de Lara.

**Barcelona.**—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *De tren á tren*, comedia en dos actos de D. Joaquín Dicenta, y en el Eldorado *La inclusera*, zarzuela en un acto y cinco cuadros, letra de D. Luis de Larra y música de los maestros Caballero y Valverde (hijo). En el Liceo ha dado tres representaciones el notable tenor Alejandro Bonci, que ha cantado admirablemente las óperas de Donizetti *L'elisir d'amore* y *La Favorita*, habiendo alcanzado entusiastas aplausos.

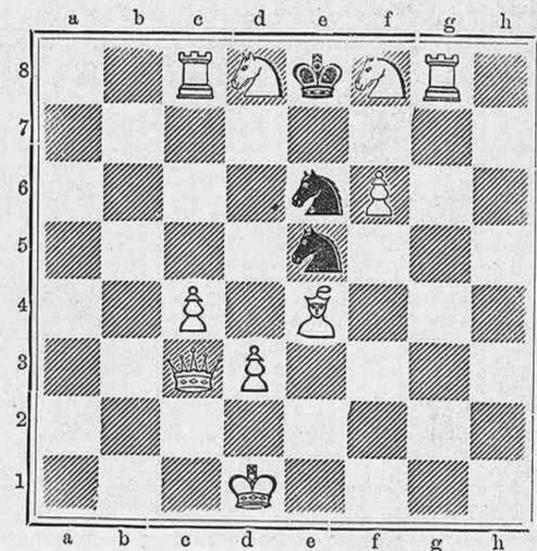
Neurología.—Han fallecido:

- Enrique Seton Merriman, novelista norteamericano.
- Pedro Michis, notable pintor italiano.
- José Stallaert, pintor de historia y de decoración, ex director de la Academia de Bellas Artes de Bruselas.
- Alejandro de Wahl, escultor y pintor alemán.
- Kornel Abranyi, compositor húngaro, profesor de la Academia de Música Provincial de Budapest.
- Dr. Sofus Ruge, notable etnógrafo alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 349, POR E. FERBER.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 348, POR S. LOYD.

- |                 |           |
|-----------------|-----------|
| Blancas.        | Negras.   |
| 1. Tg7-f7       | 1. Ag2-h1 |
| 2. Df6-h8 jaque | 2. Aa7-b8 |
| 3. Dh8xh1 mate. |           |

VARIANTES.

- |                  |                         |
|------------------|-------------------------|
| 1..... Ag2-f3;   | 2. Df6x f3 jaque, etc.  |
| 1..... Ag2-e4;   | 2. Df6-e7, etc.         |
| 1..... Ag2-d5;   | 2. Df6-d8 jaque, etc.   |
| 1..... Ag2-c6;   | 2. Df6xc6 jaque, etc.   |
| 1..... Ag2-b7;   | 2. Df6-c7, etc.         |
| 1..... Ag2-f1h3; | 2. Df6-c6f3 jaque, etc. |
| 1..... Aa7-b8;   | 2. Df6-a1 jaque, etc.   |

# LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)



...bajo la incesante vigilancia de Valentina y Juan

En el fondo de su escrupulosa conciencia, temía un poco que Juan le preguntase algún día: «¿Es ese el que prefieres?» porque sincera y lealmente no podría menos de responder: «Sí,» y la confesión de ese sentimiento, justo y natural sin embargo, podría disgustar á su marido.

V

## LA GRAN SOMBRA

Miss, «la perla,» juzgó conveniente, una mañana, llevar á Colette á París.

La institutriz pretextó que Colette tenía que ir á probarse unos trajes, por orden de su madre, pues estaba sin nada que ponerse.

En efecto, á la vuelta, Colette contó que Miss la había dejado en poder de la modista durante más de dos horas, mientras ella se iba á hacer unas pequeñas comisiones personales.

—Tendré un bonito vestido gris, con encajes, explicó la niña á Valentina, y un abrigo encarnado.

La señora de Donald no hizo ninguna reflexión, pues no tenía derecho para ello, pero deploró solamente que Miss, puesto que tenía que hacer en París, no le hubiera rogado que se encargase por completo de Colette durante el día. Pero sin duda no se había atrevido, y después de todo no había en ello un mal tan grande, pues, seguramente, en la vida que hacía Colette en París, estaba expuesta á menudo á vigilancias muy poco celosas.

Tres días después, se presentó la niña á Valentina con una expresión de tristeza que chocó á la joven. La de Donald la interrogó tiernamente.

—No sé lo que tengo, respondió la niña; estoy cansada y tengo ganas de llorar.

El tiempo era tempestuoso, el calor sofocante, y el cielo estaba cubierto de nubes cobrizas que subían al horizonte y le invadían como un pesado rebaño. Valentina pensó que la atmósfera influía en los sensibles nervios de la niña y dispuso que así ella como Remigio se estuviesen en la galería en vez de bajar al jardín, ya sacudido por las ráfagas del viento Sur.

El doctor se había marchado precisamente á París aquella mañana y Valentina empezaba á preocuparse por su ausencia. ¡Si pudiera acabar temprano sus negocios y volver á casa antes de que estallase la tormenta!

Valentina, pues, miraba con frecuencia por la ancha ventana hacia el camino, esperando ver la silueta de Juan y un poco menos atenta que de costumbre á lo que pasaba á su alrededor. Tuvo, sin embargo, que notar el malestar creciente de Colette, que no quiso merendar; pero no se inquietó mucho, pues todos sufrían más ó menos por aquella temperatura anormal. A eso de las cinco y media resonó un violento trueno, y en menos de un minuto un verdadero huracán hizo inclinarse los árboles. Todas las puertas y ventanas de la casa golpearon y se produjo un repentino pánico. Valentina, muy angustiada, mandó cerrarlo todo y se puso á mirar con impaciencia si llegaba Juan. Un momento después le vió luchando contra el viento. La joven esposa corrió á abrir la puerta del vestíbulo.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios!, exclamó al recibirle; tenía un miedo horroroso.

—Pero vamos á ver, querida, ¿por qué? Se trata de una sencilla tormenta. Sin embargo, sospechaba que estarías con cuidado y me he apresurado más de lo que pensaba, pues por poco me detienen importantes quehaceres. Hay en París una recrudescencia de la escarlatina; casi una epidemia. Tengo los clientes atacados y se señalan ya dos focos bastante alarmantes.

Mientras hablaba siguió á su mujer y ambos llegaron á la galería donde estaba Luisa al cuidado de los niños. Juan vió al entrar que Colette estaba echada en el diván, con la cara oculta por un almohadón.

—¿Cómo es eso?, preguntó bromeando; ¿tiene miedo de la tempestad esa niña?

Después de dar un beso á Remigio, que había corrido hacia él, el doctor se inclinó hacia la pequeña.

—¿Pero no quiere mirarme esta señorita?, continuó diciendo en tono de broma.

Mas de pronto frunció el ceño.

—¿Qué es lo que tiene? Esta niña está mala. Su piel arde.

—Ha estado nerviosa todo el día, dijo Valentina.

Colette sonreía y aprobaba.

—Sí, no es nada. No tengo más que dolor de cabeza y mucha sed... ¡Hace tanto calor!

—Hay demasiada gente aquí, dijo Juan. Luisa, llévese usted al pequeño, y tú, Remigio, vete también con ellos.

Pero al oír un trueno más violento que los anteriores, Remigio se resistió y no quería marcharse.

Entonces se produjo una escena un poco viva, que sorprendió á Valentina, dada la pequeña importancia que ella atribuía al incidente.

El doctor, sin embargo, redujo á su hijo á la obediencia y su mujer observó con qué cuidado examinaba á Colette.

La pobre señora, inmóvil y mirando á todos lados, mientras fuera soplaba el huracán, sentía de repente el aliento de otra tempestad posible. Juan sospechaba una enfermedad grave de Colette, acaso aquella de que hablaba hacia un momento. Valentina sintió un estremecimiento de inquietud... ¡El contagio! ¡Ah! ¡Aquel día entero durante el cual había tenido á los niños encerrados juntos!...

Juan se volvió hacia ella y le hizo una pregunta precisa respecto de eso. Al oír su respuesta, levantó las cejas y guardó silencio.

\*\*

Toda la belleza triunfal del verano reinaba de nuevo. El cielo, barrido de nubes, ostentábase azul, de un azul como lavado, delicado y fresco; de un azul casi blanco, de reflejos cambiantes de piedra preciosa. Un soplo ligero levantaba las flores, inclinadas al peso del agua, y sin las ramas quebradas y las hojas caídas en los caminos y en las calles de árboles, hubiérase podido creer que sólo había sido una pesadilla el huracán del día anterior. Valentina, sin embargo, no sentía su corazón levantarse al soplo de la esperanza, como las flores que la tormenta había inclinado en sus tallos. Entre ella y el mundo exterior se interponía algo obscuro.

Ni ella ni el doctor habían podido dormir: él, vigilando á Colette, á la que instaló provisionalmente en el mismo sitio en que la había encontrado, pues no se podía pensar en llevarla á su casa con tal tiempo; y ella, levantándose á cada momento para asegurarse de que sus hijos dormían tranquilamente. El doctor, después de minuciosas precauciones, prohibió á Valentina la entrada donde estaba Colette.

Por la mañana no había duda posible; la niña presentaba todos los síntomas de la escarlatina, con una violencia alarmante. El doctor Donald telegrafió en seguida á los padres y pidió con urgencia á París una enfermera.

Durante el día se trasladó á la pequeña enferma á su casa. La enfermera llegó de París y se recibió respuesta de los Allire: el señor llegaría el día siguiente; la señora estaba un poco delicada y no podía viajar por el momento...

Pasaron tres días, y como al cabo de ese tiempo se notaba cierta mejoría en Colette, cuya enfermedad se desarrollaba normalmente, y Remigio y Juanito no presentaban ningún síntoma, Valentina empezó á recobrar ese equilibrio interior del alma, que permite mirar sin turbación excesiva los acontecimientos posibles.

Por otra parte, todo á su alrededor era propio para tranquilizarla. La presencia constante de Juan, su previsión y sus cuidados le hacían mirar valerosamente hasta la eventualidad de una enfermedad de los niños.

A la noche del cuarto día, se presentó Valentina en el despacho de su marido cuando éste acababa de instalarse á trabajar, después de haber hecho su visita habitual á la pequeña enferma de la casa vecina. Era la primera vez, después de los recientes acontecimientos, que Valentina dejaba á los niños, una vez acostados, para ir á reunirse con su marido. Juan le dijo sonriendo:

—¿Y bien, querida mía?..

Valentina, sin hablar, fué á estrechase contra él y apoyó la cabeza en su hombro. Juan acarició con dulzura aquella cabeza inclinada, y después la levantó y miró tierna y profundamente á su mujer.

Habían hablado muy poco los dos de sus ansiedades comunes; Valentina por miedo de suscitar la realidad que estaba temiendo; y Juan porque, más acostumbrado á aquellos temores, sabía que el engolfarse en ellos es estéril, vano y algunas veces deprimente. Pero el doctor adivinaba por entero á su mujer, á la que conocía tan bien. La compadecía por haber conocido los terrores de la ternura, y comprendía la pregunta que había surgido, artera y obscura, pero dominante. ¿Qué debía hacer Valentina? ¿Qué haría si alguno de los niños era atacado, el suyo ó el otro?

El *suyo*, su hijo, á quien adoraba con más pasión de lo que dejaba ver, á causa del otro, el hijo de la ausente... ¡Ah! Ninguna voluntad del mundo puede prevalecer contra lo que ha existido; ni el amor nuevo, ni la nobleza y la ternura de Valentina podían crear en el alma de los dos esposos, ante los casos graves, la igualdad absoluta, la absoluta unidad.

Por encima de aquella cabeza morena anegada en el pesado raudal de sus cabellos negros, la mirada de Juan iba al retrato sonriente y encantador...

¿Cómo se parecía Remigio á aquel retrato! El niño vivo y la madre muerta eran dos imágenes gemelas.

¿Cuánto quería Juan Donald á aquel niño, á quien había creído perder veinte veces en la primera infancia y al que había salvado otras tantas á fuerza de amor y de inteligentes cuidados!

Y sin embargo, hasta el momento en que vino Valentina, con su gracia tan diferente de la de la *otra*, á animar de nuevo el hogar y á ocupar el puesto vacío, Juan había estado siempre inquieto por la salud de aquel niño. Pero desde que la joven estaba allí, le parecía, por el contrario, que la casa estaba llena de una atmósfera de serenidad y que aquella hermosa fuerza de vida era capaz de aniquilar todos los gérmenes morbosos hereditarios que amenazaban á su hijo...

Donald se daba cuenta de que su segundo hijo, que crecía como una robusta planta, no le inspiraba el mismo interés que el mayor... Amaba, naturalmente, á aquel pequeño ser débil, pero no frágil; mas no creía que aquel niño tenía tanta necesidad de él como el otro la tuvo á su edad; y su ternura paternal esperaba, para ser igual á la que le inspiraba Remigio, á que Juanito llegase á ser un personaje en el que se revelase la fuerza de atracción que la madre había ejercido sobre él...

Valentina seguía apoyada en Juan y con el corazón tan henchido de sentimientos diversos y violentos, que no podía hablar.

Los dos, á pesar de su estrecha unión, sentían entre ellos una especie de barrera. Sus pensamientos no tenían un objeto único ni aun en los momentos de terror.

Donald tenía conciencia de ello y lo observaba con melancolía; pero Valentina sufría más que él, pues para la joven no había empezado realmente la vida hasta el día en que se unió con Donald.

Por mucho que Valentina pensaba que en ella consistía el hacer todos los esfuerzos necesarios para allanar el obstáculo, se encontraba siempre impotente para realizar ese esfuerzo y obtener de Juan que la amase como había amado á la *otra*, lo que abría más dolorosamente que nunca la secreta herida de los primeros tiempos de matrimonio. Valentina había creído que aquella herida podría cerrarse con el nacimiento de Juanito. Esperaba que Juan estaría tan orgulloso de aquel hijo como del mayor, y que ella sería así más fuerte para la conquista completa del padre.

\*\*\*

Veinticuatro horas después, Remigio y Juanito eran simultáneamente atacados por la escarlatina. No se trataba ya de dilemas, de preguntas ni de comparaciones. Ante la amenazadora realidad, Valentina recobró toda su calma y toda su firmeza.

Pasaron unos días y unas noches sin mejoría ni agravación de la enfermedad.

En la casa vecina, Colette había entrado en convalecencia, y aunque lejos de estar curada, había desaparecido todo peligro.

El señor Allire, después de haberse deshecho en excusas y de haber deplorado que su hija fuese causa de los cuidados presentes de los Donald, había pues en la calle á Miss, á quien nunca se había autorizado para llevar la niña á París, y había hecho venir para cuidar á Colette una de esas parientas de cierta edad y pobres, de la que se echaba mano generalmente en las circunstancias fastidiosas ó complicadas de la vida.

Y á los primeros síntomas de mejoría, Allire se volvió á marchar, á condición de que se le telegrafiasen tres veces cada veinticuatro horas.

El doctor Donald, compadecido por aquel aban-

dono, consagraba á Colette minuciosos cuidados, y tuvo la suerte de encontrar en la prima Rosa una auxiliar inteligente y no desprovista de corazón, á pesar de cierta sequedad aparente, debida á una experiencia desgraciada de la vida y á una natural timidez.

Como los dos niños habían caído enfermos juntos, no se los había separado y ambos estaban en el cuarto de Remigio, contiguo al de sus padres, bajo la incansable vigilancia de Valentina y Juan, que se relevaban por las noches.

\*\*\*

Valentina salió del profundo sueño en que la había sumido el cansancio, al oír pronunciar repetidamente su nombre.

Y con ese instinto de la preocupación que tiene despiertas á todas las facultades del ser, hasta en la apariencia inconsciente del reposo físico, la madre sintió el corazón oprimido, aun antes de abrir los ojos, por la rápida percepción de todas las siniestras amenazas que se cernían sobre aquellas cabecitas queridas. Se levantó bruscamente y vió á Juan al pie de la cama y con la cara profundamente alterada.

—¡Pronto! Te necesito... Es...

En este momento se oyó en el cuarto contiguo una queja ronca, que no tenía nada de humano.

Valentina, que se estaba ya envolviendo en un peñador, quiso pasar antes que su marido á aquella habitación, pero Juan la contuvo... Paralizada por el terror, la madre no reconocía en aquel quejido una voz de niño.

¿Era un estertor, un ladrido? ¿Qué tortura arrancaba un suspiro semejante?

—Sí, dijo Juan, un ataque de difteria...

Valentina no pronunció la palabra que, desde el pecho, oprimido por indecible angustia, le subía á los labios: ¿*Cudd!*

Y antes de que Juan pudiera contenerla, se acercó á la puerta y vió que en el cuarto no había más que una cama. Se habían llevado la cuna.

¿El niño amenazado no era el suyo!

En menos de un segundo y como en delirio, los sentimientos más violentos y más contrarios se sucedieron y se chocaron en ella: el terror, la alegría, y por último, un dolor agudo que le desgarraba el corazón.

A la luz de la lámpara, que le iluminaba violentamente, el pobre Remigio, con su carita enflaquecida y quemada por la fiebre de los últimos días, estaba desconocido y con las facciones alteradas y contraídas por un esfuerzo de lucha contra el sufrimiento. Y, sin embargo, el momento máximo del primer acceso fulminante había pasado, según explicó rápidamente Donald á Valentina.

El doctor había empleado los reactivos habituales y aislado inmediatamente á Juanito, que fué confiado al cuidado de Luisa. En los ojos de Valentina apareció una interrogación muda y suplicante. Juan afirmó que, por el momento, el estado del pequeño era normal.

—Y ahora, añadió, debemos separarnos rigurosamente. Valentina hizo un movimiento de protesta.

—Es preciso, dijo Juan.

Le prohibió hasta la entrada en aquel cuarto; y dándole en breves y precisas palabras las indicaciones necesarias, rehusó con un ademán brusco las manos que ella quería cogerle como para un adiós.

—No..., no...; acabo de tocar al niño...

—¡Oh! ¡Juan! ¡Juan!

Valentina se dominó ante la mirada de tierna piedad que su marido fijaba en ella.

La mirada permanecía todavía entre ellos intacta y pura. La joven quería hacer una pregunta, pero la voz se negaba á salir.

—Júrame, pudo al fin murmurar, que si hay otro acceso... más grave... lo sabré...

Donald dijo sí con la cabeza y añadió después dulcemente:

—Y ahora, vete...

Valentina pasó, como en una horrible pesadilla, á la otra habitación, donde en seguida la absorbieron mil detalles materiales de instalación y de asistencia, que al ocupar su mente, le aliviaron por el momento el corazón del peso horrible que se le oprimía.

¡Ay! Todo lo que la joven amaba en el mundo estaba sufriendo. A cualquier lado que se volviera no encontraba más que la casa sombría y amenazadora del dolor. Por la mañana, cuando, todo estuvo arreglado, no tuvo más que permanecer vigilante al lado de la cuna de su hijo; en aquella hora pálida y dorada fué cuando, al mirar por los cristales el esplendor nacarado del cielo, todo su ser se sumió en una angustia sin nombre. Era ya el mes de septiembre, la estación vibrante y atractiva, en la que el ardor del

estío que muere se mezcla con el primer escalofrío de los mojadas brumas. La luz era más dulce y más discreta, y Valentina sentía violenta y profundamente, por primera vez, que no hay nada que valga en este mundo ante lo único irreparable: la muerte...

—¡Oh! ¡Eso no! ¡Eso no! exclamó, sin atreverse siquiera á precisar por cuál de aquellos seres amados temía á esa potencia inflexible que acechaba alrededor de ellos como una bestia feroz.

Porque era, realmente, la primera vez que Valentina la encontraba en el camino de su vida. Cuando murió su padre, la abnegación de que le rodeó no había encontrado en él una tierna acogida. Al perderle, no sintió romperse una verdadera comunión de corazón y de espíritu, y lloró más bien lo que había podido ser que lo que había sido.

Pero ahora... ¡Ahora!.. Toda su carne sangraba con su corazón... ¡Oh! ¿Cuánto tiempo hacía que Colette, en un hermoso día, había dicho, llena de cariño: «Quisiera que fuese siempre así!» ¿Cuánto tiempo?... ¡Dos semanas! ¿Era posible?... ¡Y el sol seguía su curso, implacable y sereno, y subía majestuoso por encima de la colina rosada, para bajar con la tarde al valle violado!.. ¿Qué iba á traer el nuevo día? Valentina juntó fuertemente las manos en un ademán de ruego y de defensa. ¡Cómo temía al tiempo, tan lento y tan seguro! Y, sin embargo, no esperaba más que en él.

El tiempo pasó...

Valentina espiaba la cara de su hijo con una mirada que hubiera querido penetrar más allá de la carne. No se notaba en él nada anormal. La enfermedad se desarrollaba hasta entonces sin complicaciones. Aunque pequeño, el niño era fuerte y oponía bastante resistencia.

Después, la madre acechaba todos los ruidos de la casa.

Por tres veces recibió de Juan noticias por escrito: «Estado estacionario.» Supo que su marido había mandado venir un interno de París para las noches. Y de repente, al caer la tarde y antes de que hubiese llegado el ayudante, observó en la casa un movimiento inusitado, como si hubiese pasado un viento de tempestad brutal y mortífero.

Valentina escuchaba y esperaba en pie al lado de la puerta cerrada y con la vista fija en la cuna... Aquella puerta daba á la escalera, enfrente de la del cuarto de Remigio, y el doctor había prohibido que se abriera.

Pasado ese momento de locura, no volvió á oír nada, y aquel silencio repentino le produjo un terror más grande todavía. Llamó y no respondió nada. Fué á la otra puerta, atravesó corriendo la habitación en que debía velar Luisa, y la habitación estaba desierta. Llamó por una ventana que caía encima de la cocina, y no obtuvo respuesta. Entonces volvió al cuarto de su hijo, que parecía estar todo lo bien que era posible, después de tomar la leche y las medicinas. La madre no podía hacer más que velarle el sueño en la inacción. En el silencio de la estancia, su corazón latía más fuerte que el reloj de pared. Por fin, y después de un campanillazo prolongado, apareció en el umbral de la puerta la cara alterada de la cocinera.

Valentina se levantó y fué hacia ella sin poder pronunciar una palabra. Pero aquella mujer habló en seguida.

—¡Ah, señora, el pobre señorito Remigio!..

—¡Ha muerto!, exclamó Valentina.

Y cayó en una silla al lado de la puerta.

¡Oh! ¿Pero era posible que ella estuviera allí, lejos de Juan, de su marido, en aquella hora de angustia, y que este fuera su deber?

Pero la cocinera respondió rápidamente:

—No, señora, no. Pero el pobre ángel ha estado á punto de marcharse..., y si no hubiera sido por la operación... No sé lo que me ha dicho Luisa... Yo estaba entonces en el telégrafo, á pedir unas cosas que el señor había escrito.

¡La traqueotomía!.. Sí, eso era... El niño estaba salvado... ¡Pero el padre!.. Valentina sabía lo que esa operación horrible lleva consigo, sabía todo lo que Juan había tenido que hacer: dar su propio aliento, su vida...

¡Y ella estaba lejos de Juan! ¿Er'aposible? Y mirando fijamente, sin verla, á la cocinera, que estaba delante, repetía á media voz:

—¡No es posible!.. ¡No es posible!

Un quejido ligero, apenas perceptible, se oyó en la habitación, y Valentina se acercó de un salto á la cuna, sin oír apenas lo que decía aquella muchacha.

—El señor me ha encargado que diga á la señora que vendrá alguien para velar con ella esta noche. El señor escribirá á la señora dentro de un momento...

Inclinada sobre su hijo, que no parecía estar peor, aunque se quejaba un poco, Valentina se representa-

ba á Juan delante de aquel niño con la garganta abierta...

—¡Qué horror! ¡Qué horror!, murmuraba. Después de enviar á Juan unas líneas llenas de ternura, Valentina cayó de rodillas con la frente apoyada en el hierro de la cuna. El niño se había vuelto á dormir y la madre permaneció así mucho tiempo..., mucho tiempo. No se oía ruido alguno en la pieza contigua, ni venía de ella ningún mensaje. La impotencia á que Valentina se veía reducida llegó á serle intolerable. Era cierto que de este modo obedecía á Juan y que era en aquel momento la sola protectora de su hijo. Pero consultando su corazón, en aquel crepúsculo desolado, la madre se preguntó qué hubiera pasado si el otro, que estaba, acaso, agonizando á dos pasos de ella, le hubiera también pertenecido... ¿Hubiera habido alguna fuerza en el mundo que le impidiera correr á él para defenderle, para salvarle, puesto que el pequeño parecía fuera de peligro?

Valentina no sabía ya dónde estaba el deber ni dónde la verdad. ¿Había aceptado al hijo de su marido como igual á los que pudieran nacer de ella? Sin duda... Y sin embargo, en las horas más terribles y decisivas no obraba según esa ley. ¡Oh! ¿Para qué la reflexión y la conciencia? ¿Por qué no abandonarse como una ciega instintiva á aquella potencia irracional del fondo de su ser, que la mantenía al lado de la cuna en que estaba sufriendo el tierno niño al que se sentía estrechamente ligada?

\*\*\*

El tren de las seis y diez pasó sin traer al interno ni á la enfermera pedidos á París, y ya no podían llegar hasta el tren de las siete y media. A eso de las seis y media, Valentina recibió una es-  
 quela de Juan, dándole instrucciones médicas sobre Juanito, y añadiendo:

«Todo va mejor... Espero y te amo... Valor, querida mía...»

Poco tiempo después de recibir este billete, Valentina oyó llamar y hablar bajo. Cuando preguntó qué pasaba, supo que habían venido corriendo de casa de Allire. Después de la visita del médico de París que iba todos los días á reemplazar á Juan, la fiebre de Colette se había recrudecido y presentaba accidentes alarmantes contra los cuales la enfermera había tratado en vano de luchar sola. Pero unas horas después, asustada y no queriendo asumir la responsabilidad, había hecho llamar con insistencia al doctor Donald.

Juan no creyó posible el negarse, aunque el dejar solo un momento á su hijo en tales circunstancias fuese causa de crueles y trágicas vacilaciones. Había además la grave cuestión del contagio diftérico. Hubiera, pues, querido enviar en su lugar al interno, pero recibió de éste un telegrama diciendo que no podría llegar sino en el tren de las nueve, y en el mismo instante se presentó enloquecida la prima Rosa á decirle que Colette deliraba y que nunca había estado tan mal. Juan se decidió, y después de dar á Luisa, muy adicta al niño, las instrucciones esenciales y el encargo de llamarle á la menor novedad, dejó el cuarto de su hijo y se fué á hacerse las abluciones antisépticas indispensables.

En la mirada con que examinó y envolvió á su hijo al salir, puso Juan todo el amor y toda la energía que puede contener un corazón humano. En el momento de marcharse escribió á Valentina:

«Me llaman con urgencia á ver á Colette. Volveré dentro de un cuarto de hora.»

El papel tembló en las manos de la joven. ¡Era muy largo un cuarto de hora!..

La casa estaba tranquila, y Juanito, por primera vez después de una semana, estaba echando un largo sueño.

—¡Dios mío!, pensaba Valentina, ¿estará salvado? ¿Será esto la curación?

Y rezó con esperanza.

Pero la oprimía el corazón el pensar en Colette. Y además seguía viendo á través de las paredes á Remigio echado en su camita.

Al principio de la fiebre le habían cortado los rizos rubios y su carita había tomado un extraño y lastimoso aspecto de seriedad. Cuando tenía los ojos

Valentina adivinó: el niño se había movido y había variado de sitio el aparato. La mujer de Donald se inclinó hacia aquella garganta abierta, por la que se escapaba la vida y entraba ya la muerte, é introdujo en ella su propio aliento, comprendiendo que no había otro medio de salvación y que era preciso obrar sin tardanza. Y Juan Donald, al entrar en el cuarto, vió aquel beso mortal y sublime de la vida á la muerte.

\*\*\*

Valentina estaba acostada, blanca en su blanca

cama. ¿Cuánto tiempo había? ¡Qué tranquilidad, qué dulzura alrededor de ella!.. Ciertamente, había soñado todas aquellas cosas horribles... Pálida y dolorida, tenía una respiración corta, como la de un niño... ¡Un niño! Valentina sonrió. La primera imagen que surgió en su mente fué la de su hijo, su Juanito, dormido, muy tranquilo, en el cuarto en que... pero de repente lo recuerda todo... ¡Oh! ¡Qué angustia! Fué ayer, ayer noche... ¿Qué ha sucedido después?

En el momento en que va á llamar, dice una voz débil:

—Papá, cuéntame otra vez esa historia, ¿quieres?

Es Remigio el que habla. Acaso hace mucho tiempo que estuvo enfermo... Está curado; la horrible herida de la garganta se ha cicatrizado... Valentina sigue recordándolo todo. Mueve la cabeza suavemente y dice «¡Ah!,» muy bajo, como si se respondiese á sí misma. La joven se siente feliz y tranquila.

Pero sigue escuchando. Quisiera oír algo más; una vozcita más pequeña, que no dice palabras, sino que profiere ligeros gritos y lindas risas como arrullos... Valentina murmura:

—¡Oh! ¡Juanito mío!

Y reuniendo sus fuerzas, aún quebrantadas y

esparcidas á su alrededor, logra al fin llamar:

—¡Juan!.. ¡Juan!..

Porque está allí, muy cerca, puesto que Remigio le habla. Valentina quiere que se acerque, que se lo diga todo, y que él mismo le traiga los niños.

Temblando de debilidad y de impaciencia, sonríe sola y Juan recoge esa sonrisa como un resplandor, cuando aparece apresurado en el umbral de la habitación. ¡Qué dulzura y qué fuerza en el abrazo en que de nuevo se juntan!

Juan, entretanto, mira á su mujer con atención.

—¿Cómo te sientes, querida? ¿Te ha reposado tu sueño? Ayer noche, cuando la fiebre cedió completamente y te dormiste, presentí que te encontraría al despertar como ahora estás.

Valentina preguntó con presteza:

—¿Y los niños? Al despertarme he oído á Remigio... ¿Está ya bueno Juanito?

—Ya no tiene fiebre.

—Entonces, se acabó... ¿Ya no está malo?

—No; ya no está malo...

—No le he oído... Debe de estar durmiendo todavía... ¡Ah! ¡Qué feliz soy!.. Pero, dímelo todo; ¿cuánto tiempo he estado así? Yo no sentía nada más que un peso enorme en todos mis miembros y un invencible sueño...

Juan sonrió á su mujer tristemente, y ella lo notó.

—¡Pobre amigo mío!.. Te he dado una pena sin querer, poniéndome enferma... ¡Estabas ya tan preocupado!.. Pero dime, ¿cómo has salvado á este niño?

Valentina recordaba solamente que en el instante en que ella ponía toda la fuerza de su voluntad en una lucha desesperada contra la muerte que se llevaba á Remigio, había sentido de repente que aquel pequeño cuerpo se aflojaba entre sus brazos y que aquellos ojos dilatados se cerraban.

(Continuará)



El papel tembló en las manos de la joven

cerrados no se parecía al retrato de su madre. No existía el parecido sino cuando abría aquellos ojos dorados de luz y llenos de encantadora gracia, que se reflejaba sobre la cara flaca y lívida, en la que apenas se dibujaban los labios descoloridos.

Al figurarse claramente aquella imagen, Valentina no pudo contener las lágrimas.

Cerró la noche y trajeron la lámpara. Un vientecillo de otoño, tibio y dulce, soplaba entre las ramas ligeramente doradas de los árboles.

Valentina miró el reloj. ¡Cómo! ¡Cinco minutos solamente desde que se marchó Juan!

Casi enseguida oyó abrirse la puerta del cuarto contiguo, un campanillazo y voces confusas.

Una voz gritaba:

—¡Id á buscar al señor!.. ¡Pronto! ¡Pronto!.. ¡El pequeño se ahoga!

Valentina creyó por un segundo que iba á caerse. Pero abrió la puerta y llamó:

—¡Luisa! ¡Luisa!

Nadie respondió.

Y de repente salió un quejido del cuarto [de Remigio; un angustioso clamor de agonía.

Valentina miró otra vez á la cuna de su hijo, que seguía durmiendo tranquilamente. Se inclinó sobre él, y no atreviéndose á darle un beso por no despertarlo, extendió solamente las manos por encima de su cabecita, en un ademán de caricia y de protección infinita.

Después corrió al otro, que se agitaba solo, pues la vista de aquella lucha con la muerte había aterrorizado á Luisa, á la que el miedo y la pena no hacían más que arrancar palabras y lágrimas inútiles.

La criada trató, sin embargo, de explicar cómo había ocurrido de pronto el incidente.

—Ha abierto los ojos y los ha puesto en blanco... Después se ha llevado las manos á la garganta...

## CUADROS CONFECCIONADOS

CON SELLOS POSTALES

Múltiples son los usos á que se destinan los sellos de correos que sólo tienen valor para la venta en



Fig. 1. - Sellos para la venta al peso ó en montón ó en paquetes debidamente clasificados por colores

montón y á peso, y cuyo precio en estas condiciones oscila entre dos y tres libras esterlinas el millón. Su variadísima aplicación abarca desde servir para forrar las paredes de las habitaciones, hasta proveer al sostenimiento de Asilos y Escuelas para la infancia. Aprovechanlos también los vendedores, seleccionándolos inteligentemente, para ofrecerlos al público en pequeños paquetes por unos cuantos céntimos, logrando así enorme ganancia y atraer á la juventud.

Pero además, manejados con cuidado é ingeniosidad, esos pedacitos de papel sin valor pueden utilizarse en la producción, no sólo de dibujos artísticos, sino también de hermosos cuadros ó composiciones pictóricas.

Tanto ha aumentado recientemente la demanda de cuadros hechos con sellos y tanto se ha desarrollado la afición de hacerlos entre aquellas personas que tienen tiempo sobrante para dedicarlo á este capricho, que los vendedores se preocupan ya de las necesidades del artista en sellos y preparan para su uso paquetes surtidos de todos los colores que juzgan más apropiados para la composición de sus cuadros.

La producción de cuadros y diseños decorativos hechos con sellos, de algunos de los cuales dan idea las figuras 2 y 3, ha creado un arte nuevo, en el que los sellos no se emplean enteros y pegados uno encima de otro de cualquier manera, sino que se cortan con mucho esmero en la forma que más conviene y se colocan debidamente, atendiendo mucho á la combinación de los colores. Así se obtienen verdaderas pinturas que tienen toda la apariencia de obras á la acuarela ó al óleo, y casi se confunden con éstas miradas desde alguna distancia. Y tratándose de platos decorados con insectos y flores, y hasta de un diseño tan complicado como un escudo de armas reales, su aspecto es el de un mosaico primorosamente ejecutado.

Uno de los artistas en sellos de más talento en París es Mr. A. Bayle, á quien debemos muchos y valiosos datos respecto al asunto de que venimos ocupándonos, no siendo el menos interesante el de que, por extraño que parezca, cada artista en sellos tiene su estilo propio, que se manifiesta tan marcadamente en sus producciones como en las pictóricas el de los artistas á la acuarela ó al óleo.

Como se comprende, la condición más esencial del artista en sellos ha de ser la que lo es también de todos los pintores: ha de tener el sentimiento de los colores y de sus gradaciones. Y tanto más ha de poseerlo cuanto que trabajando con

material sólido, y no líquido, no le es dable proporcionarse determinado color mediante la mezcla de otros. No son únicamente los varios tonos de distintos sellos los que ha de saber apreciar y utilizar, sino que también los contenidos en un mismo sello. Es, por lo mismo, evidente que en su trabajo lucha con dificultades que son desconocidas al pintor, y que si no parece cosa difícil pegar pedacitos de sellos en una placa ó en un cartón, no es dado á cualquiera hacerlo en forma artística.

Después de esas aptitudes personales, lo primero que necesita el artista es abundante surtido de sellos de distintos colores, cuidadosamente seleccionados según las facilidades que pueden ofrecer para cambiar gradualmente los tonos. Los sellos los tiene al alcance de su mano en cajitas de cartón, y sus herramientas consisten sencillamente en un par de buenas y afiladas tijeras, goma muy fluida y muy adhesiva, y un paño para secar. Si los sellos han sido comprados á peso, tendrán pegados restos del sobre, y entonces habrán de ser remojados en agua tibia para separar el papel adherido; esta operación exige algún cuidado para conservar el color primitivo del sello, colocando luego éste entre dos hojas de papel secante, muy limpio, bajo la presión de peso regular y habiendo de aguardar á que esté bien seco para servirse de él.

Al aficionado que no sepa ó no acierte á hacer un



Fig. 4. - Selección y clasificación de sellos por colores

tan en el tamaño y forma más adecuados á esa combinación. Tampoco es dable ofrecer indicaciones precisas respecto al método de unir los trocitos de sellos, trabajo que requiere bastante estudio y depende mucho de las condiciones de la composición; sin embargo, podemos decir que, por lo general, se encontrará que es más conveniente pegar los pedacitos de modo que el borde de uno cubra un poco el del anterior, que ponerlos juntos uno al lado de otro.

Se cuidará mucho de que queden perfectamente adheridos al cartón los miles de trocitos que se necesitan para componer un cuadro por pequeño que sea, de manera que no haya ninguna punta despegada, y

para lograr esto sirve el paño á que ya hemos hecho referencia. Una vez terminado el cuadro, ya no hay más que barnizarlo, después de bien seca la goma. Si el cielo no se ha hecho con sellos—siendo una de las mayores dificultades en este género de cuadros la representación de las nubes,—no ha de tocar el barniz esa parte de la obra, ni ninguna otra que no esté cubierta; sólo se barnizarán los sellos, sirviéndose para ello de una brocha fina de pelo de camello. Esta operación mejora mucho el aspecto del cuadro, fortaleciendo las sombras y realzando las partes claras.

En la decoración de platos difiere la manera de fijar los pedacitos de sellos de la que se usa tratándose de paisajes, marinas, etc.; en que no se colocan aquéllos en forma que los bordes de uno descansen sobre los de otros, sino que se disponen uno al lado de otro, ya tocándose los bordes, ya dejando un poquito de espacio entre ellos. Esto es lo que da al diseño la apariencia de obra de mosaico, y también lo que hace que esta labor sea mucho más entretenida y molesta que la empleada en la composición de imitaciones de cuadros.

Algunos de los pedacitos de sellos que se ven en esos platos son delgaditos como un hilo y otros apenas tienen el tamaño de una cabeza de alfiler.

Los contornos del dibujo original se trasladan al plato por medio de papel de carbón y un estilo ó lápiz duro, siendo esta la parte más sencilla del trabajo. Para cortar un sello se coloca del revés debajo del diseño original, y con un punzón se marca en su reverso la forma que ha de tener el trocito. Son indispensables unas diminutas pinzas para manejar los recortes de sellos demasiado pequeños para ser cogidos con los dedos.

Como con los cuadros, aquí también la última operación es el barnizaje, cuidando igualmente que sólo alcance éste á los sellos.

EDUARDO CHARLES.

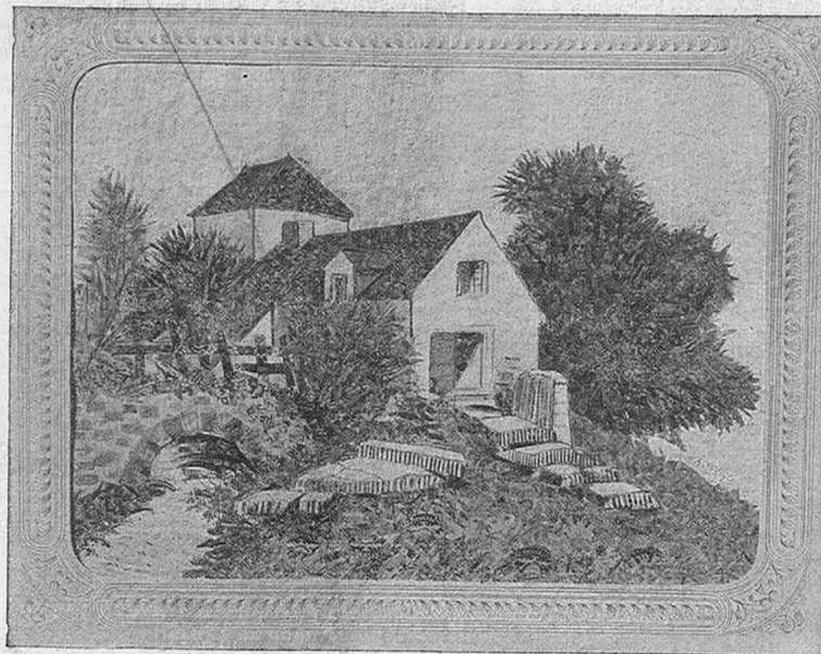


Fig. 3. - Paisaje confeccionado con sellos de correos

croquis original—paisaje, marina, etc.—que le sirva de base para su composición, le aconsejamos que saque copias al lápiz de los libros ó álbums que contienen dibujos por el estilo ó de antiguos grabados; y si no se considera dotado de suficiente sentimiento de

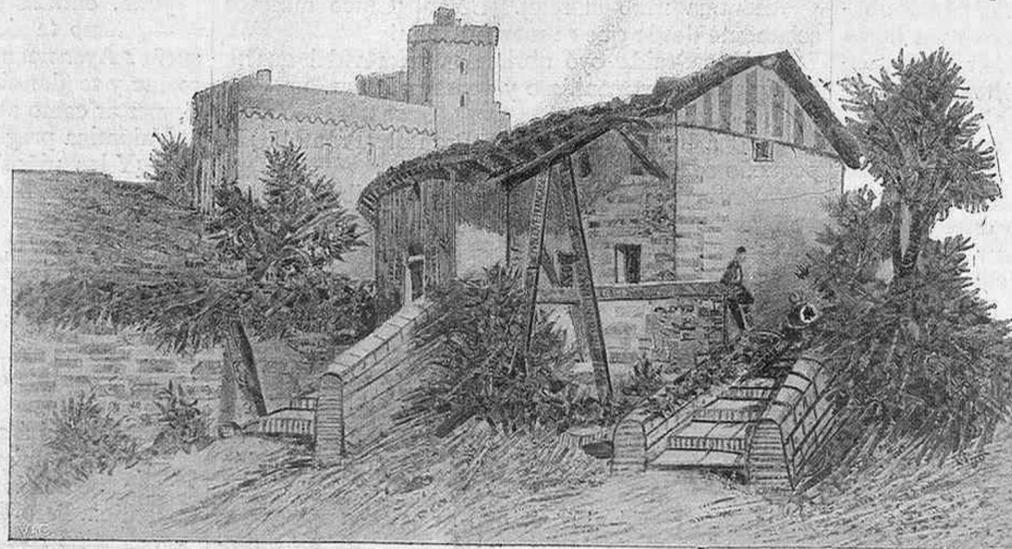


Fig. 2. - Paisaje confeccionado con sellos de correos

los colores, puede tomar por modelo ó muestra un original en color. En cuanto á la manera como se han de cortar los sellos y la combinación de los colores, no es fácil dar consejo alguno. Los pedacitos se cor-

**EXPLOTACION  
DEL GAS NATURAL  
EN INGLATERRA**

Sabido es cuánta riqueza representan para los Estados Unidos el petróleo y el gas natural; el valor de este último consumido en 1901 fué de 27 millones de dólares, y sólo en la ciudad de Pittsburgo hay 7.000 habitantes y 400 fábricas que lo utilizan para el alumbrado y la calefacción.

El suelo de Inglaterra, ya tan rico en carbón y en hierro, ha de proporcionar, según parece, este mismo gas natural en abundancia y en condiciones de explotación aún más ventajosas, por lo menos así se asegura, que en los Estados Unidos.

Hace seis años, no se sospechaba siquiera la presencia del gas natural en Inglaterra, y sólo á una casualidad se debe su descubrimiento.

En 1897, en la pequeña estación de Heathfield, de la línea férrea London-Brighton y South Coast, que carecía de agua para la alimentación de las locomotoras, se abrió un pozo en el mismo terreno del ferrocarril; pero habiendo alcanzado la sonda una profundidad de 120 metros sin que se encontrase agua, renuncióse á la operación y se suspendieron las obras. Los obreros, sin embargo, habían observado que del pozo se exhalaba un fuerte olor á petróleo y á gas, y uno de ellos tuvo la idea de aproximar un fósforo al orificio superior; inmediatamente se produjo una explosión y á duras penas pudo extinguirse la enorme llama que se había formado.

La Compañía del ferrocarril, en vista de esto, hizo

estudiar atentamente el terreno, y después de haber practicado algunos pozos en la región, se vió que aquel suelo contenía gas natural en gran abundancia, y no tardaron en utilizarlo para el alumbrado de la estación y las casas inmediatas á la misma. Formóse luego una compañía, «The natural gas fields of England Limited,» la cual emprendió la explotación práctica de esa riqueza natural y que ahora se propone hacer canalizaciones importantes para facilitar en condiciones ventajosas á las poblaciones vecinas luz, calor y fuerza motriz.

En la actualidad, el pozo principal de la Compañía tiene una profundidad de 130 metros y la presión del gas en el orificio es de 15 atmósferas: esta presión

menta ya los motores de gas de varias fábricas de Heathfield, y sus resultados son excelentes si se considera que sólo se consumen 420 litros de gas por caballo-hora. Dado el precio reducido á que puede facilitarse á la industria, parece que este gas ha de ser un recurso importante para el Sur de Inglaterra.

En Francia hay también varias «fuentes ardientes,» especie de pozos naturales de los que se desprende á intervalos un gas inflamable; uno de ellos, situado entre Monestier-de-Clermont y Grenoble, es muy conocido de los excursionistas.

¿Serán acaso estas fuentes ardientes indicio de un gas natural que podría explotarse con gran ventaja para aquella región?—H. DE THIERSANT.



Explotación del gas natural en la estación de Heathfield (Inglaterra)

muy considerable constituye una gran ventaja para el transporte del gas á distancia y permitiría la utilización de éste en sitios muy apartados.

Este pozo puede dar 500.000 metros cúbicos de gas diarios, ó sea la octava parte del consumo cotidiano en Londres, y todo hace creer, según se desprende de los sondeos, que otros pozos practicados en la misma región podrían proporcionar igual cantidad cada uno.

Así como el gas natural de los Estados Unidos da una luz muy débil cuando arde en mecheros ordinarios, el de Heathfield, en iguales condiciones, alumbraba casi tanto como el de Londres.

La composición de este gas, según el análisis ha demostrado, es la siguiente: metano, 93'4; etano, 3'0; ázoe, 2'7; ácido carbónico, 0'9.

«The Natural gas fields of England Limited» ali-

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**PÍLDORAS  
MOUSSETTE**  
*Neuralgias,  
Jaqueca,  
Ciática.*

CLIN y COMAR — PARIS  
En todas las Farmacias.  
650

**ENFERMEDADES de la PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los médicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

**APIOLINA CHAPOTEAUT  
SALUD DE LAS SEÑORAS**

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

**REMEDIO DE ABISINIA  
EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
GATARRO — ASMA — OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
Exigir la Firma WLINSI.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

**ENFERMEDADES  
DEL ESTOMAGO  
PASTILLAS y POLVOS  
PATERSON**  
con BISMUTHO y MAGNESIA  
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eruetos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.  
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

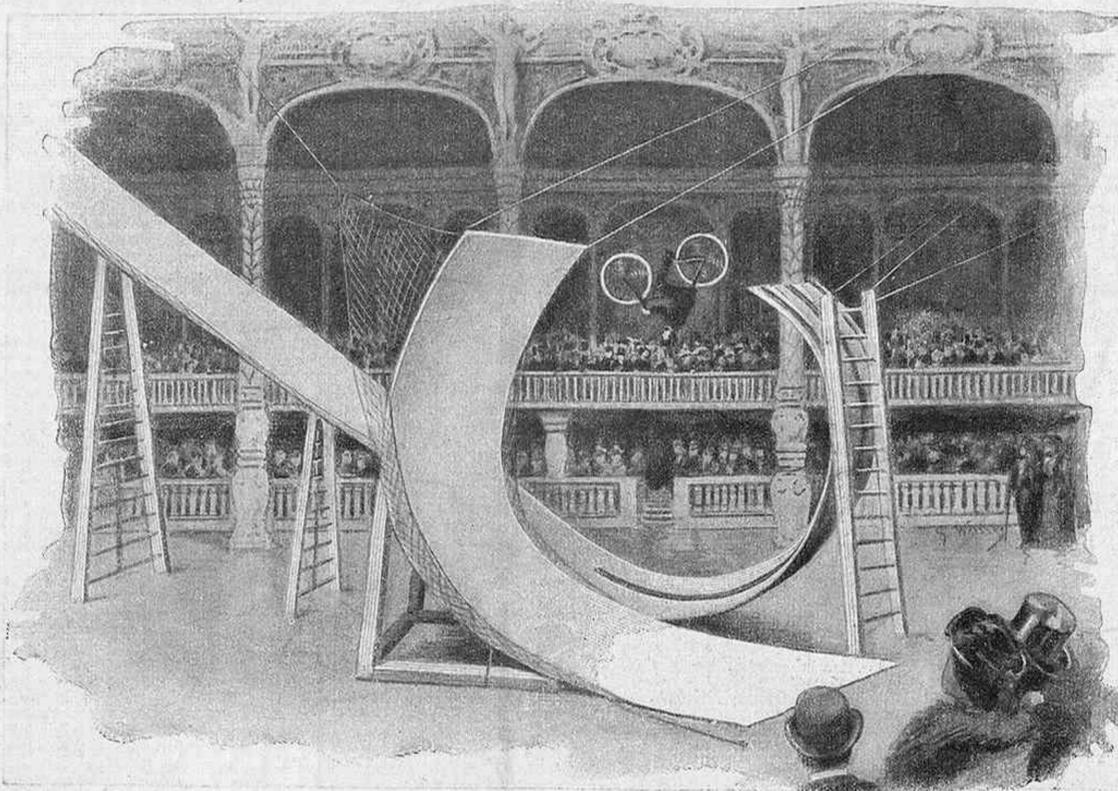
**GARGANTA  
VOZ y BOCA  
PASTILLAS DE DETHAN**  
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sars PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — PRECIO: 12 REALES.  
Exigir en el rotulo a firma  
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL LOOPING EN EL VACIO

Muchos son los ejercicios que desde la aparición del *looping the loop* han inventado los artistas de circo para satisfacer el ansia de emociones nuevas, que es la característica del público que asiste á esa clase de espectáculos gimnástico-acrobáticos. Hoy el *looping the loop* ha pasado á ser poco menos que una antigualla, el círculo de la muerte apenas interesa y ya comienzan á cansar la carrera del abismo y la flecha humana; en cambio llama la atención el *looping en el vacío*, que actualmente ejecutan en París Barber en el Circo y Ancilotti en Folies-Bergere.

El aparato de este nuevo ejercicio es semejante al del *looping the loop*, pero interrumpido en la parte superior del anillo: el *looper* desciende á toda velocidad por una rápida pendiente de 32 metros de largo y una inclinación de 45 grados, remonta la parte ascendente del anillo y por la fuerza del impulso adquirido atraviesa un espacio de unos cinco metros con la cabeza hacia abajo, hasta que la bicicleta, al encontrar la segunda parte de la pista, rueda nuevamente por el trozo descendiente, siendo detenida á la salida del *loop* por varias cuerdas provistas de contrapesos.

Este ejercicio parece contrariar las leyes físicas, sorprendiendo á primera vista que la bicicleta y el que la monta no sean arrastrados en su carrera aérea por la fuerza centrífuga y vuelvan á caer aplomados sobre la segunda sección del anillo; pero un examen más detenido del aparato, que el adjunto grabado reproduce,



El *looping en el vacío*, ejercicio que se ejecuta actualmente en París en el Casino y en Folies-Bergere

permite darse cuenta de la posibilidad de este ejercicio. En efecto, el anillo del *looping en el vacío* no está constituido por un círculo perfecto, del cual se hubiese arrancado la parte su-

perior, sino que la sección de la pista en que se efectúa la ascensión del ciclista forma un arco de círculo de cuerda relativamente pequeña, terminado por una curva bastante acentuada hacia el interior del anillo. Por el contrario, la sección de la pista que ha de recibir al ciclista después de su salto aéreo, está formada por un arco de círculo de ancha abertura, cuyo extremo superior sobresale casi un metro de la primera sección. Además, esta segunda sección tiene doble ancho que la primera. Así se explica el fenómeno que se realiza: cuando el ciclista llega á gran velocidad al extremo de la parte ascendente del *loop*, por la ley de la gravedad y á consecuencia de la curva tan pronunciada, tiende á precipitarse hacia el centro del anillo, al paso que la fuerza centrífuga tiende á lanzarlo al exterior. Pues bien: el aparato está combinado de tal suerte, que estas dos fuerzas diversas llegan á contrariarse exactamente y el ciclista puede efectuar entonces un salto de unos cinco metros en una línea casi horizontal.

A pesar de estas leyes científicas y no obstante ser bien tomadas todas las precauciones, este ejercicio requiere mucho valor y mucha sangre fría.

El momento más difícil del mismo es sin duda alguna aquel en que la bicicleta encuentra la segunda parte del *loop*, pues entonces se produce un choque violento, y el *looper* necesita gran habilidad para mantener el guión en la dirección conveniente; la más pequeña desviación que sufriese, podría arrastrar al ciclista fuera del anillo. — D.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
 CIGARROS  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION. EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS. Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**  
*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que más le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

Evaseo 5fr. en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès  
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso  
 CANDES et Co. B<sup>e</sup> St-Denis 48

Reumáticos y Gotosos!  
 Tratado de curaros con la Legítima  
**PISTOIA PLANCHE**  
 (DOS SIGLOS DE ÉXITO)  
 No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.  
**CURA la GOTA**  
 el Reumatismo, el Artritis, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.  
**F<sup>ca</sup> PLANCHE**  
 en Marsella (Francia).  
 En todas las Farmacias bien surtidas.

**AVISO Á LAS SENORAS**  
**EL ANIOL DE LOS JORET-HONGLE**  
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**AGUA LECHELLE**  
**HEMOSTÁTICA**  
 Se receta contra los *Flujos*, la *Glorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
 PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**CURACIÓN** cierta de la *Clorosis*, *Anemia profunda*, *Menstruaciones dolorosas*, *Calenturas de las Colonias*, *Malaria*, con el *Vino Aroud* (*Carne-Quina-Hierro*) el más reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN